LIBROdot.com

LA DAMA DEL MAR

HENRIK IBSEN



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PERSONAJES

EL DOCTOR WANGEL (médico del distrito).

ELLIDA WANGEL (esposa, en segundas nupcias, del doctor Wangel).

BOLETA (hija del primer matrimonio del HILDA doctor Wangel).

ARNHOLM (Profesor).

LYNGSTRAND.

BALLESTED.

UN EXTRAÑO.

óvenes de la ciudad, turistas y bañistas.
La acción en una población de Noruega septentrional,
que se supone situada al borde de un lago. Es verano.
-Epoca actual. Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO I

A la izquierda, la casa del doctor Wan-gel, con un gran mirador que da a un jardín. En medio un mástil con bandera. A la derecha, en el jardín, una glorieta con una mesa y sillas. Al foro, un seto con puerta de entrada en el centro; detrás del seto un camino que costea una pendiente con árboles, por entre los cuales se divisa un lago, y a lo lejos las cimas de los peñascales. Es verano.

ESCENA PRIMERA

BALLESTED y BOLETA. El primero, con cazadora vieja de pana y sombrero de ala ancha, está de pie junto al mástil, arreglando las cuerdas. La bandera arrastra por el suelo. Cerca de allí un caballete con un cuadro; a1 la-do, sobre una silla de tijera, pinceles y una caja de pintura. Boleta sale por la puerta del mirador, con un jarr6n con flores que deja sobre la mesa.

BOLETA.- ¿ Qué tal? ¿ Marcha eso, Ballested?
BALLESTED. -¡Ya lo creo, señorita! Es cosa fácil.Pero dispénseme que le dirija una pregunta: ¿esperan ustedes a alguien hoy?
BOLETA. -Sí: esta mañana vendrá el profesor Arnholm, que desembarcó anoche.
BALLESTED. -Arnholm... Aguarde usted, ¿No es el que estuvo aquí de preceptor hace algunos años?
BOLETA. -El mismo.
BALLESTED. -¡Ah! y vuelve ahora.
BOLETA. -Sí, y en honor suyo izamos el pabellón.
BALLESTED. -Es natural. (Boleta entra en la casa).

ESCENA II

BALLESTED y LYNGSTRAND que llega por el camino del seto. Al ver el caballete y los pinceles, se detiene sorprendido y turbado. Es un joven flaco y enfermizo, vestido modesta pero decentemente.

LYNSGTRAND. (Desde el otro lado del Seto). -¡Buenos días, caballero!
BALLESTED. (Volviéndose). - ¿Eh?¡Buenos días! (Iza la bandera).¡Ya está hecho! (Ata las cuerdas y arregla el caballete).¡Buenos días, caballero ! Siento no tener el honor de...
LYNGSTRAND.- ¿ Usted es pintor sin duda?
BALLESTED. -¡Naturalmente ! ¿Por qué no había de ser pintor yo también?
LYNGSTRAND. -Eso ya se ve. ¿Me permite usted entrar?
BALLESTED. - ¿Es que desea usted ver mi cuadro?
LYNGSTRAND. -Sí, señor. Tendría mucho gusto.
BALLESTED. -¡Ah! No es una gran cosa todavía; pero si quiere pasar...
LYNGSTRAND. -Mil gracias. (Entra por la puerta del seto).
BALLESTED. (Pintando). -Estoy copiando el lago, que se divisa allá, entre las islas.
LYNGSTRAND. -Sí, Sí. Ya veo.
BALLESTED. -Pero falta aún la figura. No puedo encontrar en toda la población una modelo.
LYNGSTRAND. -¡Ah! ¿Piensa usted poner una figura?
BALLESTED. -Sí, señor. Aquí, en el arrecife en primer término, habrá una sirena moribunda.
LYNGSTRAND. - ¿Por qué?
BALLESTED. -Porque se ha perdido, y no sabe encontrar el camino del mar.¡Se queda ahí, y agoniza en esa agua salobre! ¿Comprende usted?
LYNGSTRAND. -Sí, ya comprendo.
BALLESTED. -La dueña de la casa es quien me ha sugerido la idea de hacer este cuadro.
LYNGSTRAND. - ¿Y cómo lo llamará usted cuando lo concluya?

BALLESTED. -Me propongo titularlo: El Fin de la Sirena.

LYNGSTRAND. -¡Magnífico! Será un buen cuadro.

BALLESTED. - ¿Acaso es usted artista también?

LYNGSTRAND.- ¿Quiere usted decir pintor?

BALLESTED. -Si, señor.

LYNGSTRAND. -NO, no soy pintor; pero deseo hacerme escultor. Me llamo Hans Lyngstrand.

BALLESTED. - ¿Usted pretende ser escultor?¡Muy bien!¡Muy bien!¡La escultura, es también un arte que tiene mérito! Un arte muy bonito. Ahora recuerdo haberle visto a usted alguna vez en la calle. ¿Hace mucho que está usted aquí?

LYNGSTRAND. -No, señor; quince días solamente; pero me propongo pasar aquí todo el verano.

BALLESTED. –Para aprovechar las distracciones de la temporada de baños, ¿no es eso?

LYNGSTRAND. -Sí, señor. Necesito cuidarme y recobrar fuerzas.

BALLESTED. ¿Pero está usted enfermo?

LYNGSTRAND. -Sí; estoy algo débil, pero nada grave: opresión.

BALLESTED. -¡Bah! Eso no es nada. Sin embargo, podría usted consultar con un médico.

LYNGSTRAND. -Tan pronto como tenga ocasión, hablaré al doctor Wangel.

BALLESTED. -Hará usted bien. (Mirando a la izquierda).¡Calle! Llega otro vapor atestado de pasajeros.¡Es increíble lo que ha aumentado el movimiento de turistas de algunos años a esta parte!

LYNGSTRAND. -Me parece, en efecto que hay aquí un movimiento colosal.

BALLESTED. -Pues, ¿y bañistas? Empiezo a temer que esta invasión de forasteros haga perder a nuestra ciudad su carácter primitivo.

LYNGSTRAND. - ¿Ha nacido usted aquí?

BALLESTED. -No, señor; pero me he acla... acli... aclimatado. Me ligan a este país los lazos del tiempo y de la costumbre.

LYNGSTRAND. - ¿De manera que hace mucho tiempo que reside usted aquí?

BALLESTED. -Diez y ocho años. Llegué con una compañía de cómicos. Luego, como no hacíamos negocio, se dispersó la compañía, y cada cual tiró por su lado.

LYNGSTRAND. -Pero usted se quedó.

BALLESTED. -Me quedé, e hice bien. Al principio, lo confieso chafarrinaba decoraciones.

ESCENA III

Dichos, BOLETA en el mirador con una mecedora, que coloca a la izquierda.

BOLETA. (Mirando hacia dentro de la casa). -Hilda, busca el taburete bordado para papá.
LYNGSTRAND. (Saludando). -¡Buenos días, señorita!
BOLETA. (En la escalera). -¡Usted aquí, señor Lyngstrand!¡Buenos días!¡Un momento! Necesito...
(Entra en la casa).

ESCENA IV

BALLESTED Y LYNGSTRAND

BALLESTED. - ¿Conoce usted a la familia?
LYNGSTRAND. -No mucho. He visto a estas señoritas de vez en cuando; y, últimamente, cambié algunas palabras con la señora de Wangel durante un concierto. Me rogó que fuera a verla algún día.
BALLESTED. -Debía usted cultivar esas relaciones.
LYNGSTRAND. -Esa es mi intención. Quisiera visitarlos, pero hace falta ocasión, pretexto...
BALLESTED. -¡Bah, bah!¡pretexto! (Mirando a la izquierda).¡Diablo! (Recogiendo los utensilios de la pintura). El vapor está en el muelle. Tengo que ir a la fonda, porque quizá me necesiten los viajeros. Ha de saber usted que trabajo también como peluquero.
LYNGSTRAND. -¡Usted es un hombre universal!

BALLESTED. -En las poblaciones pequeñas hay que saber acla... acli... aclimatarse y hacer un poco de todo. Si alguna vez necesita algo para la cabeza, aceite, pomada, etc., no tiene usted más que preguntar por Ballested, maestro de baile.
LYNGSTRAND. -¡Maestro de baile!
BALLESTED. – O presidente de la asociación de bocineros, si le agrada más. Está noche tendremos concierto.¡Adiós, caballero! (Váse por la puertecita del seto con todos los pertrechos).

ESCENA V

LYNGSTRAND, HILDA y BOLETA. Esta trae más flores. Lyngstrand saluda a Hilda, que estará con un tabu-rete en los escalones del mirador.

HILDA. (Sin responder al saludo). -Boleta me ha dicho que usted se había atrevido a entrar hoy en casa..
LYNGSTRAND. -Sí, señorita; me he tomado esa libertad.
HILDA. - ¿Viene usted de dar su paseo matinal?
LYNGSTRAND. -No, señorita. Hoy mi paseo ha sido muy corto.
HILDA. - ¿Tomó usted el baño?
LYNGSTRAND. -De bañarme vengo. He visto a su madre cuando entraba en la caseta.
HILDA. -¡A mi madre!
LYNGSTRAND. -Sí, a su madre.
HILDA. -¡Ah, esa mujer! (Pone el taburete delante de la mecedora).
BOLETA. (Interrumpiéndola). - ¿ Ha visto usted la lancha de papá en el lago?
LYNGSTRAND. -Sí, creo haber visto una lancha de vela que se dirigía a la ciudad.
BOLETA. -Sin duda iba en ella papá. Fue a la isla a visitar enfermos. (Arregla la mesa).
LYNGSTRAND. (En el primer peldaño de la escalera). -¡Con cuánto gusto ha arreglado usted esas flores!

BOLETA.- ¿Le gusta a usted como están?

LYNGSTRAND. -Mucho; hacen un gran efecto. Por lo visto, hoy es día de fiesta en la casa. HILDA. -Sí, señor.

LYNGSTRAND. -Ya me lo figuraba. ¿El cumpleaños de su padre, sin duda?

BOLETA. (Previniendo a Hilda). -Chit...

HILDA. (Sin hacer caso de los signos de Boleta). -No, señor. El de nuestra madre.

LYNGSTRAND. -¡Ah, sí! El de su madre.

BOLETA. (Contrariada, a media voz). -¡Hilda!

HILDA. (Lo mismo). -Déjame. (A Lyngstrand). ¿Su-pongo que irá usted a almorzar?

LYNGSTRAND. (Bajando la escalera). -¡Claro! Hay que tomar alguna cosa.

HILDA. -Deben ustedes comer bien en la fonda.

LYNGSTRAND. -No estoy en la fonda. Era demasiado caro para mí.

HILDA. -Pues, ¿dónde se hospeda usted?

LYNGSTRAND. -Provisionalmente, vivo en casa de la señora de Jensen.

HILDA. - ¿Quién es esa señora?

LYNGSTRAND. -La comadrona.

HILDA. -Dispense usted, señor Lyngstrand, pero yo tengo que hacer otra cosa que...

LYNGSTRAND. -Perdone usted mi torpeza. No he debido decir eso.

HILDA. - ¿Qué?

LYNGSTRAND. -Lo que acabo de decir.

HILDA. (Mirándole desdeñosamente).- No comprendo.

LYNGSTRAND. -Naturalmente. Hasta la vista, señoritas. Voy...

BOLETA. (Adelantándose hacia la escalera). Hasta la vista, señor Lyngstrand.¡Hoy hará usted el favor de dispensarnos! Pero, en otra ocasión, cuando tenga tiempo, vendrá usted a vernos un ratito a papá y a nosotras.

LYNGSTRAND. -Con muchísimo gusto. Tendré en ello un gran placer. (Saluda y váse por la puerta del jardín. Al pasar por el camino vuelve a saludar).

HILDA. -Que usted lo pase bien, y recuerdos a la señora de Jensen.

BOLETA. (A media voz, sacudiéndole el brazo). -Pero, ¿qué haces? ¿Has perdido el juicio?¡Si te oyera!...

HILDA. - ¿Y qué?¡Bastante me importaría a mí!

BOLETA. (Mirando a la derecha). -¡Ya viene papá!

ESCENAVI

HILDA, BOLETA y el doctor WANGEL por la derecha, en traje de viaje y con un saquito en la mano.

WANGEL. (En la puerta del jardín). -¡Aquí me tenéis ya, hijitas!
BOLETA. (Saliendo a recibirlo).-¡Qué alegría volver a verte!.
HILDA. (A cercándose a él). - ¿Has concluido por hoy, papá?
WANGEL. -No. Quizá más tarde tenga que bajar un momento al despacho. Decidme: ¿sabéis si ha llegado Arnholm?
BOLETA. -Sí, papá; llegó anoche. Hemos mandado a preguntar a la fonda.
WANGEL. -Entonces, ¿no le habéis visto todavía?
BOLETA. -No, pero debe venir aquí esta mañana.
WANGEL. -Vendrá seguramente.
HILDA. (Atrayéndole hacia el mirador).-¡Vamos! Echa un vistazo por aquí.
WANGEL. (Viendo los floreros). -Si, sí, hija mía, ya veo. Todo tiene trazas de fiesta.
BOLETA. - ¿Está bonito?
WANGEL. -Sí, sí, muy bonito. Dime, ¿estamos solos en casa ahora?
HILDA. -Sí: ha ido a...
BOLETA. (Apresurándose a interrumpirla). Mamá, ha ido a bañarse.
WANGEL. (Mira con benevolencia a Boleta y le pone la mano en la cabeza cariñosamente. Luego con vacilación). -Y decid, hijitas, ¿habéis pensado tener adornado el mirador y dejar ondeando la bandera durante todo el día?
HILDA. -¡Claro! Ya comprendes tú que es natural...
WANGEL. -¡Jem! Sí, es claro; pero ya sabéis que...
BOLETA. (Le hace señas). -No hay que decir que todo esto es por el profesor Arnholm. Cuando viene a vernos un amigo tan bueno....

HILDA. (Sonríe sacudiéndole el brazo ligeramente).-Hazte cargo, papá:¡él, que ha sido el profesor de Boleta!
WANGEL. (Medio sonriendo). -¡Vaya unas picaras que estáis! De manera, que a vosotras os parece natural que todos los años dediquemos un recuerdo a la que ya no está entre nosotros.¡Bueno!¡Pero!... Mira, Hilda: toma el saco (Se lo da) y llévalo al despacho.
¡Pues no, hijitas! A mí, francamente no me gusta esta fiesta... no me gusta, que todos los años, ¿eh?... ¿comprendéis?¡En fin! Será que no puede ser de otro modo.
HILDA. (Se dirige a la izquierda con el saco en la mano.
De repente se detiene mirando a lo lejos). - ¿No veis quién viene? Debe ser el profesor.
BOLETA. (Mirando). -¡El! (Riendo).¡Vamos! ¿Crees tú que es Arnholm ese anciano?
WANGEL. -Espera, hija. (Pausa)¡Juraría que es él!¡y él es, sin duda alguna!
BOLETA. (Con sorpresa). -¡Dios mío! Sí, es él.

ESCENA VII

Dichos, el profesor ARNHOLM, en traje de paseo, muy elegante, con len-tes de oro, y un junquillo en la mano, por el camino de la izquierda. Parece algo fatigado. Dirige una ojeada al jardín, saluda y entra.

WANGEL. (Saliendo al encuentro de Arnholm). -¡Bien venido, querido profesor! -Me alegro con toda el alma de verlo en estos lugares que le son tan conocidos.
ARNHOLM. -¡Gracias, querido doctor, mil gracias! (Se estrechan la mano y se adelantan juntos).¡Ah! ¿Están aquí las niñas? (Alargándoles las manos).¡Me hubiera costado trabajo conocerlas!
WANGEL. -¡Ya 1o creo!
ARNHOLM. -Sin embargo, a Boleta... sí, a Boleta la hubiera conocido.
WANGEL. -A duras penas, me parece. Pero, es natural, hace ocho o nueve años que no las ha visto usted, y, desde entonces,¡han ocurrido tantas cosas!

ARNHOLM. (Mirando en torno suyo). – Pues a mí la verdad, no me parece... Han crecido los árboles, y hay una glorieta. No veo otra cosa nueva.
WANGEL. -Cierto: la decoración no ha, cambiado.
ARNHOLM. (Sonriendo). -Y, además, ahora tiene usted dos muchachas casaderas.
WANGEL. -¡Oh! Por ahora, no hay que pensar más que en una.
HILDA. (Aparte). -¡Gracias! Papá no tiene pelos en la lengua.
WANGEL. -Propongo que vayamos a sentarnos en el mirador. Estaremos más frescos. ¿Le parece bien? ANHOLM. -Con mucho gusto, querido doctor. (Suben al mirador. Wangel señala a Arnholm la mecedora).
WANGEL. -¡Perfectamente! Ahora a estar ahí con sosiego, hasta que descanse.¡Parece que el viaje le ha fatigado mucho!
ARNHOLM. -No, mucho no; y aquí, en medio de estos paisajes tan espléndidos...
BOLETA. (A Wangel).- ¿ Quieres que lleve a la sala un poco de soda? Pronto hará aquí demasiado calor.
WANGEL. -Eso, sí, soda, y coñac.
BOLETA. - ¿Coñac también?
WANGEL. -¡Un poco! Por si alguien quiere...
BOLETA. -Bien, papá. Anda, Hilda, lleva el saco al despacho. (Entra en la casa, y cierra la puerta. Hilda toma el saco y váse por la izquierda hacia la espalda de la casa).

ESCENA VIII

WANGEL y ARNHOLM

ARNHOLM. (Después de haber seguido a Boleta con la vista). -¡Es hermosa de veras!...¡Tiene usted dos hijas muy hermosas!
WANGEL. (Sentándose).- ¿Verdad que sí?
ARNHOLM. -Tanto Boleta como Hilda me han sorprendido extraordinariamente. Pero usted, doctor, ¿piensa permanecer aquí toda la vida?

WANGEL. -Es lo más probable. ¿Qué quiere usted? Aquí he nacido, y aquí he vivido feliz con la que no tardó en abandonarnos. Usted la conocía., Arnholm, usted la vio la última vez que estuvo aquí.

ARNHOLM. -Sí, Sí.

WANGEL. -También ahora soy muy dichoso con mi segunda esposa. Hay que convenir en que me ha favorecido la suerte...

ARNHOLM. - ¿No tiene usted hijos del segundo matrimonio?

WANGEL. -Hace dos años y medio tuvimos un niño, que murió a los cinco meses.

ARNHOLM. - ¿No está en casa su esposa?

WANGEL. -¡Sí! No tardará en venir. Ha ido a bañarse. Va diariamente en todo tiempo.

ARNHOLM. - ¿Está enferma?

WANCEL. - Enferma precisamente, no; pero desde hace algunos años está muy nerviosa; su padecimiento es intermitente. A punto fijo, no sé qué tiene, pero el baño le proporciona gran placer. Puede decirse que el mar forma, parte de su ser.

ARNHOLM. -Sí, lo recuerdo. Ya en otro tiempo...

WANGEL. (Con sonrisa casi imperceptible). Es verdad: usted ha debido conocerla cuando era profesor en Skjoldviken.

ARNHOLM. –Precisamente. Ella iba a visitar al pastor con frecuencia y, además, solía encontrarla en el faro cuando iba a ver a su padre.

WANGEL. -¡Ah! Su estancia en el faro ha dejado en ella huellas indelebles. Aquí no la comprende nadie, y le llaman la dama del mar.

ARNHOLM. - ¿De veras?

WANGEL. -Sí, por sus aficiones. Pero háblele usted del pasado, querido Arnholm, y la complacerá.

ARNHOLM. (Mirándole con expresión de duda). - ¿Tiene usted algún motivo para creerlo así?

WANGEL. -Indudablemente

ELLIDA. (Dentro). -Wangel, ¿estás ahí?

WANGEL. (Levantándose). -Sí, mujer.

ESCENA IX

Dichos y ELLIDA con un chal sobre los hombros, y el cabello suelto y mojado aún.

WANGEL. (Sonriendo y alargándole la mano). -¡Ya tenemos aquí a la sirena!
ELLIDA. (Entra precipitadamente en el mirador y estrecha las manos a Wangel). -¡Gracias a Dios que te veo!
¿Cuándo has venido?
WANGEL. -Acabo de llegar hace unos minutos.
(Señalando a Arnholm). Pero, ¿no saludas a un antiguo amigo?
ELLIDA. (Estrechando la mano a Arnholm). -Al fin lo tenemos. Bien venido, y perdone que no haya estado aquí para recibirlo.
ARNROLM. -No faltaba más.¡Nada de cumplidos!
WANGEL. - ¿Está fría el agua?
ELLIDA. - ¿Fría? Dios mío, aquí nunca lo está! A lo sumo, tibia, y blanducha. El agua de los lagos es enfermiza.
ARNHOLM. - ¿De veras?
ELLIDA. -¡Vaya! Y creo que nos pone enfermos a nosotros.
WANGEL. (Sonriendo). -¡Tienes buena manera de alabar los baños!
ARNROLM. -Lo que creo, señora, es que usted tiene predilección por el mar y por todas las cosas pertenecientes al mar.
ELLIDA. - Es posible; me inclino mucho a creerlo... Pero vea cómo han adornado las niñas el mirador en honor de usted.
WANGEL. (Cohibido). -¡Hum! (Mirando el reloj). Tengo que ir al...
ARNHOLM. - ¿De veras es por mí?
ELLIDA.- ¿Lo duda? ¿Supone que hacemos esto todos los días? ¡Uf! Se ahoga una aquí dentro! (Baja al jardín). Vengan ustedes conmigo. Aquí, por lo menos, hay brisa. (Se

sienta).
ARNHOLM. (Acercándose a Ellida). -Y algo más que brisa, me parece a mí.
ELLIDA. -Para usted que está acostumbrado al aire calentucho de la capital, sí. Allí, según dicen, el verano debe ser una cosa horrible.
WANGEL. (Que ha bajado también al jardín) Ellida, te dejo sola un rato con nuestro amigo.
ELLIDA. - ¿Tienen que hacer?

WANGEL. - Sí; voy al despacho, y luego me arreglaré un poco; pero tardaré poco tiempo.
ARNHOLM. (Sentándose). -No se apresure, querido doctor. Su esposa y yo sabremos pasar el tiempo.
WANGEL. (Con ademán de aprobación). -Así lo espero.¡Hasta luego! (Váse por la izquierda).

ESCENA X

ARNHOLM Y ELLIDA

ELLIDA. (Después de una breve pausa). - ¿No lo parece que se está bien aquí?
ARNHOLM. -Perfectamente.
ELLIDA. -Esta glorieta lleva mi nombre, porque la hice arreglar yo, o, mejor dicho, Wangel, por complacerme.
ARNHOLM. - ¿Es aquí donde pasa usted el tiempo generalmente?
ELLIDA. -Aquí paso la mayor parte del día.
ARNHOLM. - ¿Con las niñas?
ELLIDA. -No. Las niñas están casi siempre en el mirador.
ARNHOLM. - ¿Y Wangel?
ELLIDA. -Va y Viene. Unas veces está conmigo, y otras con las niñas.

ARNHOLM. - ¿Es usted quien lo desea así?

ELLIDA. -A todos nos va perfectamente con esta manera de vivir. Así podemos hablarnos a distancia, cuando tenemos algo que decirnos.

ARNHOLM (Después de permanecer pensativo y silencioso un instante).-La última vez que vi a usted fue allá, en Skjoldviken, hace mucho tiempo.

ELLIDA. -Hace más de diez años. Estuvo usted en nuestra casa.

ARNHOLM. -Sí, diez años, poco más o menos.¡Fue en el faro! Recuerdo perfectamente que el venerable pastor la llamaba a usted pagana, porque su padre la hizo bautizar con el nombre de una embarcación.

ELLIDA. -Bien. ¿Y qué?

ARNIEIOLM. - ¿Y qué? Que Jamás hubiera soñado
encontrarla, llevando el nombre de Wangel.

ELLIDA. -Porque entonces Wangel no era aún...entonces vivía todavía su primera esposa, la madre de las niñas, la verdadera madre.

ARNHOLM. -Ya, ya. Pero, aunque, Wangel hubiera estado libre, jamás se me habría ocurrido la idea de semejante matrimonio.

ELLIDA. -¡Ni a mí, entonces!

ARNHOLM. -¡Wangel es tan generoso, tan honrado y tan bueno!

ELLIDA. (Con sincera efusión). -¡Sí! ¡Es tan bueno!

ARNHOLM. -Sin embargo, me parece que debe ser el reverso de usted en todo.

ELLIDA. -Es verdad.

ARNHOLM. -Entonces, ¿cómo ha podido realizarse este matrimonio?

ELLIDA. -Arnholm, no me lo pregunte. Son cosas que no podría explicarle, y, aunque pudiera, usted no me entendería.

ARNHOLM. -¡Malo! (Un poco más bajo). ¿Ha hablado usted de mí a su esposo alguna vez? Recuerdo, naturalmente, el paso que di en otro tiempo con tan poca fortuna...

ELLIDA. -¡No, no! ¿Como puede ocurrírsele a usted? Jamás le he dicho nada de lo que... usted pensaba. ARNHOLM. -Tanto mejor. Me molestaba la idea de que...

ELIADA. -Tranquilícese. Le he dicho, y es la verdad, que me era usted muy simpático, y que fue usted allí mi mejor y más sincero amigo.

ARNHOLM. -Gracias; pero ahora dígame por qué no me escribió nunca desde que me fui.
ELLIDA. -Supuse que no le agradaría recibir noticias de una persona que no podía ser para usted lo que usted deseaba. Suponía que eso sólo podía servir para avivar más la herida.
ARNHOLM. -Quizá haya tenido usted razón.
ELLIDA. -Pero, ¿y usted? ¿Por qué no me escribía?
ARNHOLM. (Mirándola con sonrisa de reconvención). -¡Dar yo el primer paso!¡Para que creyera usted que pretendía volver a las andadas, después de un desaire como e1 suyo!
ELLIDA. –Sí, sí, entendido. Y desde entonces, ¿no ha pensado contraer enlace?
ARNHOLM. -Jamás. He permanecido fiel a mis recuerdos.
ELLIDA. (En tono irónico). -¡Ah! Deje usted los tristes recuerdos del pasado. Lo que usted debe hacer es pensar en ser un esposo feliz.
ARNHOLM. -Entonces tengo que apresurarme, señora de Wangel. Ya ve: tengo treinta y siete años; casi me da vergüenza decirlo.
ELLIDA. -Razón de más para que se dé prisa. (Pausa; luego en tono serio y con voz débil). Escuche usted, amigo Arnholm. Voy a decirle una cosa que no habría podido decirle entonces, aunque en ello me hubiese ido la vida.
ARNHOLM. -Sepamos de qué se trata.
ELLIDA. -Cuando dio usted el paso, conforme decía hace poco, yo no podía responderle de otro modo que como lo hice.
ARNHOLM. -Comprendo; no podía usted ofrecerme más que una buena amistad. Ya lo suponía.
ELLIDA. –Sí; pero usted ignoraba que entonces todo mi ser y todos mis pensamientos estaban en otra parte.
ARNHOLM. - ¿Entonces?
ELLIDA. -Sí.
APINHOLM. -Pero si no es posible. Usted está equivocada. Apenas conocía usted a Wangel.
ELLIDA. -No hablo de Wangel.
ARNHOLM. -¡Que no habla usted de Wangel! Pues no recuerdo que en Skjoldviken hubiera ninguna otra persona capaz de inspirar a usted entonces...
ELLIDA. -Efectivamente, era una locura.

ARNHOLM. -Veamos: cuénteme todo eso.
ELLIDA. –Bástele saber, cómo le dije entonces, que no era libre.
ARNHOLM. - ¿Y si hubiera usted sido libre?
ELLIDA. - ¿Qué?
ARNHOLM. - ¿Hubiera contestado de otro modo a mi carta?
ELLIDA. - ¿Cómo quiere usted que lo sepa? Cuando llegó Wangel, la respuesta fue diferente.
ARNHOLM. -Pero, ¿a qué conduce el decirme que no era usted libre?
ELLIDA. (Levantándose in-quieta y nerviosa). -Porque necesito confiarme a alguien. No, no, quédese usted.
ARNHOLM. - ¿Entonces es que su esposo lo ignora?
ELLIDA. -Le dije desde el primer día que mis pensamientos habían estado antes en otra parte, y, como nunca me ha preguntado más, no hemos vuelto a hablar del asunto. En efecto; no era más que una locura, y aun esa concluyó o casi concluyó tan pronto...
ARNHOLM. (Levantándose). - ¿Cómo casi?
ELLIDA. -¡Dios mío! Arnholm, si no se trata de lo que usted supone. Es un caso sumamente raro. No sé cómo decírselo. Va usted a figurarse que he estado enferma o loca.
ARNHOLM. -¡Vamos! Refiérame toda la verdad.
ELLIDA. -Sea. Lo intentaré; pero, ¿cómo va a explicarse un hombre tan sensacional que...? (Mira y se detiene). Espere... Oigo pasos: ya se lo contaré en otra ocasión,

ESCENA XI

Dichos y LYNGSTRÁND por el cami-no de la izquierda. Lleva una flor en el ojal, y en la mano un gran bouquet con cintas de seda. Se detiene, titubeando.

ELLIDA. (Saliendo). - ¿ Busca usted a las niñas, señor Lyngstrand?
LYNGSTRAND. -¡Ah!¡Mil perdones, señora! (Acercándose). No, no busco a las señoritas, sino a usted, a la señora de Wangel. Usted me ha permitido venir a visitarles.

ELLIDA. -Ciertamente, caballero, y siempre tendremos mucho gusto en recibirle.
LYNGSTRAND. -Mil gracias, señora. Y como hoy es día de jolgorio para ustedes...
ELLIDA. -¡Ah! ¿Usted sabía...?
LYNGSTRAND. -Lo sabía, y por eso me permito ofrecer a usted este ramo de flores. (Presentando el bouquet a Ellida).
ELLIDA. -Pero, señor Lyngstrand, ¿no sería mejor que regalara usted esas preciosas flores al profesor Arnholm, puesto que él es quien...?
LYNGSTRAND. (Perplejo). -Dispense usted, señora; pero no tengo el honor de conocer a este caballero. Yo venía a felicitar a usted con motivo de su cumpleaños.
ELLIDA. - ¿Mi cumpleaños? Está usted equivocado,
señor Lyngstrand. Hoy no celebramos en casa ningún aniversario.
LYNGSTRAND. (Sonriéndose). -No creía que se tratara de un secreto.
ELLIDA. - ¿Cómo un secreto? ¿Qué quiere decir?
LYNGSTRAND. -El aniversario de la señora de Wangel.
ELLIDA .- ¿El Mío?
ARNHOLM. (Fijando en Ellida una mirada interrogadora).- ¿Hoy?¡No! Es un error.
ELLIDA. (A Lyngstrand). - ¿Quién le ha dicho eso?
LYNGSTRAND. -La señorita Hilda. Estuve aquí un momento esta mañana, y le pregunté por qué habían adornado con flores el mirador e izado la bandera...
ELLIDA. - ¿ Y qué?
LYNGSTRAND. -Y la señorita Hilda me respondió: «Porque hoy es el cumpleaños de mamá. »
ELLIDA. - ¿De mamá?¡Ah, sí!
ARNHOLM. (Aparte). -¡Ahora comprendo! (Arnholm y Ellida cambian una mirada de inteligencia). Puesto que el señor está enterado, creo que...
ELLIDA. (A Lyngstrand). -Eso, es; puesto que usted está enterado...
LYNGSTRAND. (Dándole el ramo de flores). -Me permitirá usted que la felicite...
ELLIDA. (Tomando las flores). -Un millón de gracias. Siéntese un momento. (Se sientan los tres en la glorieta.). Es cosa que hubiera debido permanecer secreta. Hablo de mi cumpleaños.
ARNHOLM. -Sí. Parece que nosotros los de fuera no debíamos saberlo.

Librodot

ELLIDA. (Poniendo las flores en la mesa).-Eso; los de fuera,...

LYNGSTRAND. -Prometo a usted no enterar a nadie.

ELLIDA. -¡Oh! Es lo mismo. Pero, ¿cómo se encuentra usted? Parece que tiene usted mejor semblante. LYNGSTRAND. -En efecto, señora, me encuentro bien, y si el año próximo puedo ir al mediodía,...

ELLIDA. -Las niñas me han hablado de su proyecto.

LYNGSTRAND. -Tengo en Bergen un protector que me ha prometido ayudarme el año próximo.

ELLIDA. - ¿ Cómo le ha conocido usted?

LYNGSTRAND. -Por una feliz casualidad. Siendo marinero de uno de sus vapores.

ELLIDA. -Según parece, le gustaba a usted el Mar.

LYNGSTRAND. -No; no, señora; pero después de la muerte de mi madre, mi padre no quiso tenerme en casa, e hizo que me alistara de marinero. Mi barco naufragó en el Canal al regreso, y fue una gran suerte para mí.

ARNHOLM. -Pues, ¿cómo?

LYNGSTRAND. -Permanecí mucho tiempo dentro del agua helada antes de que acudieran en mi socorro, y, de resultas, se ha resentido siempre mi salud. Desde entonces tengo el pecho muy delicado, y me vi obligado a dejar el mar, cosa que fue para mí una gran fortuna.

ARNHOLM. - ¿Llama, usted a eso fortuna?

LYNGSTRAND. -Indudablemente. Como que mi enfermedad no es grave, puedo hacerme escultor, que ha sido siempre mi sueño dorado.¡Considere usted qué gozo modelar la arcilla que poco a poco, y de una manera deliciosa, adquiere forma y vida a impulso de nuestros dedos!

ELLIDA. - ¿Y qué va usted a modelar? ¿Centauros, sirenas o antiguos vikings?

LYNGSTRAND. -No, señora. En cuanto pueda, emprenderé una gran obra, un grupo.

ELLIDA. - ¿ Y cuál es el asunto de ese grupo?

LYNGSTRAND. -Una cosa que he visto yo mismo.

ARNHOLM. - Sí, sí. Hágalo. Tiene usted razón.

ELLIDA. -Pero, ¿qué asunto...?

LYNGSTRAND. -La mujer de un marino, una joven. Duerme; pero desasosegada; sueña, y

yo revelaré su sueño.

ARNHOLM. - ¿Nada más?

LYNGSTRAND. -Sí. Hay otra persona, una especie de fantasma. Es el esposo, a quien ha engañado durante su ausencia. Era marinero, y ha perecido en el mar.

ARNHOLM. - ¿Dice usted?

ELLIDA. - ¿ Ha perecido?

LYNGSTRAND. -Sí, durante un largo viaje. Y ahora entra lo fantástico: ha vuelto a su casa de noche, calado hasta los huesos como quien acaba de salvarse de un naufragio, y está de pie junto a la cama mirando a su mujer.

ELLIDA. (Recostándose en el sillón). -¡Qué asunto tan singular! (Cerrando los ojos). Estoy viendo la escena.¡Qué interesante me parece todo eso!

ARNHOLM. -Pero, señor mío,¡por los cielos! Decía usted que el grupo representaría una cosa que usted había visto.

LYNGSTRAND. -Y lo he visto, efectivamente; lo he visto... en cierto modo.

ARNHOLM. - ¿cómo? ¿Ha visto usted a un muerto volver a...?

LYNGSTRAND. -No lo he visto materialmente, pero...

ELLIDA. (Con interés y animación).-¡Oh! Cuénteme usted eso. Se lo suplico... No tiene más remedio...

ARNHOLM. (Sonriendo). -¡Claro!¡Es una historia que ni hecha para usted! Está en juego el mar.

ELLIDA. -Continúe, señor Lyngstrand.

LYNGSTRAND. -Nuestro bergantín iba a salir de Halifax para regresar aquí. El segundo estaba enfermo; lo enviaron al hospital, y se le substituyó por un americano. El nuevo segundo...

ELLIDA. - ¿El americano?

LYNGSTRAND. -Sí. El nuevo segundo pidió un día al capitán un montón de periódicos noruegos que estudiaba con ahínco, diciendo que deseaba aprender el idioma.

ELLIDA. -Adelante.

LYNGSTRAND. -Una tarde se levantó una tempestad. Todo el mundo estaba en el puente, menos el segundo y yo. El se había torcido un pie, y no podía andar, y yo me encontraba

tan mal, que no podía moverme de la hamaca. El americano estaba sentado cerca del tragaluz, y leía, como siempre, uno de los periódicos atrasados.

ELLIDA. Siga usted.

LYNGSTRAND. -De repente lanza un grito, y se queda pálido como un cadáver. Después empieza a estrujar y desgarrar el periódico, pero con mucha calma, muy sosegadamente.

ELLIDA. - ¿Y sin decir nada?

LYNGSTRAND. -No, al principio nada; pero poco después murmuró, como si hablara consigo mismo: "¡Se ha casado... con otro, durante mi ausencia!"

ELLIDA. (Cerrando los ojos y a media voz). ¿Eso decía?

LYNGSTRAND. -Sí, señora; y el caso es que habló correctamente el noruego. Debía tener gran disposición para aprender idiomas.

ELLIDA.- ¿Y qué pasó luego?

LYNGSTRAND. -¡Una cosa extraña que jamás podré olvidar! Añadió por lo bajo: -«Pero es mía, y mía será. Y habrá de seguirme, aunque tuviera que ir a buscarla como el ahogado que vuelve del fondo del mar.»

ELLIDA. (Se echa un vaso de agua con mano temblorosa).¡Uf!¡Qué calor hace aquí hoy!.

LYNGSTRAND. -Y lo dijo con tal resolución y energía, que cumplirá su palabra. No me cabe la menor duda.

ELLIDA. - ¿ Y no sabe usted qué ha sido de... ese hombre?

LYNGSTRAND. -Debe, haber muerto. ELLIDA. (Con viveza). - ¿Porqué lo supone usted?

LYNGSTRAND. -Naufragamos luego en el Canal. Yo conseguí entrar en la lancha mayor con el capitán y otros cinco marineros. El piloto se embarcó en la yolita con el americano y otro marinero.

ELLIDA. - ¿Y no volvió a saber de ellos?

LYNGSTRAND. - No, señora, al menos, a juzgar por lo que me ha escrito últimamente mi bienhechor. Por eso deseo sacar de aquel suceso el asunto de una obra de arte. Lo estoy viendo todo; veo a la esposa infiel del marino; veo al vengador que se había ahogado, pero que, no obstante, reaparece como si surgiera del mar. Los veo a los dos claramente, llenos de vida.

ELLIDA.-Y yo también. (Se levanta). Vengan ustedes; pasemos dentro, o, mejor, vamos a buscar a Wangel. Aquí me ahogo.

LYNGSTRAND. -(Levantándose también). -Yo me marcho. Sólo deseaba felicitar a usted; he cumplido...
ELLIDA. -Bien, como usted guste. (Alargándole la mano).¡Adiós, y gracias por las flores! (Lyngstrand saluda y váse por la puerta, del jardín).

ESCENA XII

ARNHOLM y ELLIDA

ARNHOLM. (Levantándose y acercándose a Ellida). –Ya veo, señora, que el relato de ese hombre le ha impresionado a usted.
ELLIDA. -Sí, pero a pesar de que...
ARNHOLM. -Pero, en el fondo, no tiene nada de extraordinario. Debía usted esperarlo.
ELLIDA. (Mirándole asombrada). - ¿Esperarlo?
ARNHOLM. -Sí.
ELLIDA. -¡Esperar que alguien apareciera, y en tales circunstancias!
ARNHOLM. -¡Dios mío! ¿Es que la historia incoherente del escultor habría...?
ELLIDA. -Amigo Arnholm, no es tan loco como parece.
ARNHOLM. - ¿ De modo que esa majadería, la ha turbado a usted hasta ese extremo? Y yo que creía...
ELLIDA. - ¿Qué creía usted?
ARNHOLM. -Creía, naturalmente, que todo eso no era más que disimulo, y que su verdadero, su único tormento, era ver que se celebra aquí en secreto una solemnidad de familia, y que su esposo y sus hijas tienen una vida de recuerdos a que usted permanece extraña.
ELLIDA. -¡Oh, no, no! No toquemos ese punto. No tengo el derecho de reclamar a mi esposo para mí sola.
ARNHOLM. -Pues, sin embargo, es un derecho que le pertenece.

ELLIDA. -Así y todo, no lo tengo, porque yo también vivo de recuerdos a que son extraños los demás.
ARNHOLM. - ¿Usted? (Más bajo). ¿Eso quiere decir que... que usted no ama realmente a su esposo?
ELLIDA. -¡Ah, sí, sí! He llegado a amarle con todo mi corazón. Por eso precisamente es horrible, inconcebible, inexplicable todo esto.
ARNHOLM. -¡Vamos! Confíeme sus penas, sin reserva. Se lo pi-do por favor.
ELLIDA. -Es imposible, amigo mío, al menos en este momento. Más tarde, quizá.

ESCENA XIII

Dichos, BOLETA. Luego WANGEL o HILDA

BOLETA. (Bajando del mirador). -Papá acaba de entrar. ¿ No vamos ahora a la sala?
ELLIDA. -Sí, sí. (Wangel sale de detrás de la casa por la izquierda, con Hilda. Ha cambiado de traje).
WANGEL. -¡Ea! Ya estoy completamente libre.
Ahora de buena gana tomaría, algo fresco.
ELLIDA. -Espera un minuto. (Entra en la glorieta y vuelve con el ramo de flores).
HILDA. -¡Qué flores tan preciosas! ¿Quién te las ha regalado?
ELLIDA. -El escultor Lyngstrand.
HILDA. (Asombrada). - ¿Lyngstrand?
BOLETA. (Intranquila). - ¿Acaso Lyngstrand ha vuelto aquí ... otra vez?
ELLIDA. (Sonriéndose). -Sí. Ha venido a traer estas flores con motivo del aniversario, ya sabes.
BOLETA. (Mirando a Hilda a hurtadillas)¡Ah!
HILDA. (Entre dientes).-¡Qué imbécil!
WANGEL. (Con turbación a Ellida) .-¡Vamos! Necesito explicarte... has de saber, mi querida, mi buena Ellida....

ELLIDA. (Interrumpiéndole). -Venid, niñas. Vamos a poner estas flores en agua con las otras. (Entra en la glorieta).
BOLETA. (Aparte a Hilda). –En el fondo, es muy buena.
HILDA. (A media voz con expresión de enojo). -¡Qué absurdo! Hace eso por agradar a papá únicamente.
WANGEL. (Ha entrado también en la glorieta y estrecha la mano a Ellida).-¡Gracias, gracias! Te estoy muy reconocido por tu conducta, Ellida.
ELLIDA. (Arreglando las flores).-¡Bah! ¿No debo hacer también cuanto me sea posible por celebrar el aniversario de mamá?
ARMIOLM.-¡Hum! (Entra también en la glorieta. Bole-ta e Hilda se quedan en el jardín).

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Colina, poblada de matorrales. En el fondo, un mástil con un anemoscopio. Alrededor del mástil, y en primer término, grandes pedruscos que pueden servir de bancos. En el horizonte se divisa el lago con sus islas y promontorios, y a lo lejos el mar. Es de noche. En el aire y en las aristas lejanas de los montes flota una luz de color rojizo amarillento. Se oye débilmente un canto a cuatro voces, hacia la derecha.

ESCENA PRIMERA

BALLESTED, jóvenes y turistas. Salen por la derecha, dándose el brazo y hablando familiarmente, multitud de jóvenes de ambos sexos. Pasan por delante del mástil y vanse por la izquierda. Poco después aparece Ballested, guiando un grupo de turistas extranjeros de ambos sexos. Va cargado de abrigos y de sacos de viaje.

BALLESTED. (Señalando con un bastón). -Sehen sie meine Herrschaften... allá a lo lejos eine andere colina. Das queremos ver también subir und so herunter. (Continúa hablando y dirige los viajeros por la izquierda. -Entra precipitadamente Hilda por la puerta de la derecha; se detiene mirando hacia atrás. A poco aparece Boleta por el mismo lado).

ESCENA II

HILDA y BOLETA

BOLETA. -Pero, hija, ¿por qué has echado a correr de ese modo, dejando a Lyngstrand?
HILDA. -Porque me ataca los nervios el andar tan despacio.¡Mira cómo se arrastra!
BOLETA. -Ya sabes que está muy delicado.
HILDA. -Pero, ¿crees que está grave?
BOLETA. -Sí; lo creo.
HILDA. -Estuvo con papá esta tarde. Yo quiero saber qué le parece a papá su estado.
BOLETA. -Papá me ha dicho que debe ser un endurecimiento de los pulmones, y que, si tiene eso, no llegará a hacerse viejo.
HILDA. - ¿ Ha dicho eso de veras? Precisamente es lo que yo pensaba.
BOLETA. -¡Por Dios, no des a conocer que sabes algo!
HILDA. - ¿ Por quién me tomas tú a mí? (Más bajo).¡Ea! Ya has visto que el caballero Hans ha reaparecido.¡¡Hans !! ¿ No te parece que sólo; con verlo se adivina que se llama Hans?
BOLETA. (En voz baja). -¡Vamos! Ten juicio ahora, haz el favor.

ESCENA III

Dichas, y LYNGSTRAND por la derecha con un paraguas en la mano.

LYNGSTRAND. -Dispensen ustedes, señoritas; pero yo no puedo andar tan de prisa.

HILDA. - ¿ Viene usted de comprar un paraguas?

LYNGSTRAND. -Es el de su señora madre, que ha tenido la bondad de dejármelo para que lo utilice como bastón.

BOLETA. - ¿ Papá y los demás están aún allí?

LYNGSTRAND. -Sí, señorita. Su papá ha entrado en el café un momento, y los demás se han quedado fuera para oír la música. Su señora madre me ha dicho que vendrían más tarde.

HILDA. (Sin dejar de mirarle). - ¿ Conque está usted muy cansado?

LYNGSTRAND. -Sí. Necesito descansar un momento. (Se sienta en una piedra a la derecha en primer término).

HILDA. (De pie ante él). - ¿ Sabe usted que más tarde habrá baile en la plaza?

LYNGSTRAND. -Algo he oído hablar de eso.

HILDA. -A usted, naturalmente, le gustará mucho bailar.

BOLETA. (Recogiendo flores). -¡Hilda, deja respirar al señor Lyngstrand!

LYNGSTRAND. (A Hílda). -La verdad, señorita, me gustaría mucho bailar si pudiera.

HILDA. -¡Ah! ¿No ha bailado usted nunca?

LYNGSTRAND. -No, nunca; pero lo que quería decir es que no tengo el pecho bastante fuerte.

HILDA. - ¿A causa de la enfermedad que padece?

LYNGSTRAND. -Sí, señorita, por eso.

HILDA. - ¿Le entristece mucho estar enfermo?

LYNGSTRAND. -No, no tengo derecho a quejarme (sonriendo), puesto que, sin duda, debo a mi enfermedad el que todo el mundo sea tan bueno, tan amable y tan complaciente conmigo.

HILDA. -Y luego, que no es de peligro.

LYNGSTRAND. -No, peligro ninguno. He consultado a su padre de usted, y me he convencido de que mi enfermedad no es peligrosa.

HILDA. -Y, cuando se marche, ya estará usted curado.

LYNGSTRAND. -Por lo menos, así lo espero.

Librodot

BOLETA. (Ofreciéndole flores). -Para usted, señor Lyngstrand. Póngaselas en el ojal.
LYNGSTRAND. -Mil gracias, señorita. Es usted muy bondadosa.
HILDA. (Mirando a la derecha) -¡Ya, vienen!
BOLETA. (Mirando también). -¡Con tal que sepan qué camino han de seguir!
LYNGSTRAND. (Levantándose). - Iré hasta el recodo, y les daré una voz.
HILDA. -Habrá que gritar mucho.
BOLETA. -No vale la pena. Va usted a cansarse más.
LYNGSTRAND. -¡Oh! Cuesta abajo no me fatigo. (Váse por la derecha).
HILDA. -¡Ah! Sí, cuesta abajo. (Mirándole alejarse). Ahora corre cuanto puede, sin acordarse de que tendrá que subir después.
BOLETA. -¡Pobrecillo!

ESCENA IV

HILDA y BOLETA

HILDA. -Si Lyngstrand te pidiera en matrimonio, ¿aceptarías?
BOLETA. -¡Ya te entra la locura!
HILDA. -Pero, en fin, contesta,: si no estuviera enfermo y desahuciado, ¿te casarías con él?
BOLETA. -Quien debía casarse con él eres tú.
HILDA. -¡Jamás! No tiene un céntimo; no tiene siquiera con que mantenerse él.
BOLETA. -Entonces, ¿a qué te ocupas tanto en él?
HILDA. -Sólo por la enfermedad que padece.
BOLETA. -Pues maldito si se conoce que te inspira compasión.
HILDA. -No lo compadezco; pero me parece una persona interesante.
BOLETA. -¡Cómo!
HILDA. -Sin duda; es cosa muy curiosa oírle asegurar que no está grave y que va a marcharse al extranjero para hacerse un gran artista. Todo eso lo cree, y goza con sus ilusiones.¡Pues no, señor, no hay tal! Nada de eso ha de realizarse, sino que morirá antes, y

me parece a mí que el caso no deja de tener gracia.

BOLETA. - ¿Gracia?

HILDA. -Eso creo, si no te opones.

BOLETA. -¡Ah, ya! Vamos, Hilda, demuestras ser una niña muy mala.... de la peor índole.

HILDA. -¡Mejor!¡Lo que yo quiero es ser mala por provocar a la gente! (Mirando a la derecha).¡Ya vienen! Parece que a Arnholm no le agrada subir. (Volviéndose). A propósito: adivina qué he observado en Arnholm mientras comíamos.

BOLETA. -Tú dirás.

HILDA. -Que empieza a quedarse calvo por arriba.

BOLETA. -¡Quia, mujer! Seguramente, te engañas.

HILDA. -No, hija, no; y también tiene pata de gallo.

¡Por Dios, Boleta! ¿Cómo pudiste enamorarte de aquel modo, cuando te daba lecciones?

BOLETA. (Sonriendo).-¡Cualquiera lo sabe! Lo único que recuerdo es que yo lloraba a lágrima viva porque Boleta no le parecía un nombre bonito.

HILDA. -¡Soberbio! (Volviendo a mirar a la derecha). Observa cómo habla con él la dama del mar, en vez de ir con papá.. No me sorprendería que esos dos se miraran con ojos tiernos.

BOLETA. -¡Cierra la boca!¡Qué vergüenza! ¿Cómo puedes decir eso, ahora que estamos todos en buena armonía?

HILDA.-¡En buena armonía! Todavía sigues siendo cándida, hijita. No; jamás estaremos en buenas relaciones con esa... señora; porque, ni nos traga, ni la tragamos nosotras.¡Dios sabe por qué la trajo aquí papá! A mí no me sorprendería que el día menos pensado se volviera loca.

BOLETA. - ¿Loca? ¿Por qué?

HILDA. -No tendría nada de extraño. Loca fue su madre o, por lo menos, loca murió.

BOLETA. -¡Por Dios! ¿Quién te mete en eso? Y, aunque fuera verdad, no lo digas. Procura mostrarte amable, por consideración a papá. ¿Oyes, Hilda?

ESCENA V

Dichas, WANGEL, ELLIDA, ARNHOLM y LYNGSTRAND, por la derecha.

ELLIDA. (Señalando con el dedo hacia el foro). -Por allí es por donde está, ¿verdad?
ARNHOLM. -Sí; en esa dirección.
ELLIDA. -¡El mar!¡el mar! Sí por allí es!
BOLETA. (A Arnholm). - ¿No es verdad que éste es un sitio muy bonito?
ARNHOLM. -¡Encantador!¡Una vista preciosa!
WANGEL. - ¿ No había usted venido aquí nunca?
ARNHOLM. -Nunca. Creo que, en mi tiempo, apenas podía subirse hasta aquí. No había siquiera una vereda.
WANGEL. -Efectivamente: todo esto se arregló el año pasado.
BOLETA. -Pues todavía es más hermosa la vista desde Lodskollen, aquella cumbre que se divisa allá.
WANGEL. - ¿Quieres ir allí, Ellida?
ELLIDA. (Sentándose sobre un pedrusco, a la derecha).
-No, gracias; pero vayan ustedes, les esperaré aquí.
WANGEL. -Entonces me quedo contigo. Las niñas pueden servir de guía al señor Arnholm.
BOLETA. (A Arnholm). - ¿Quiere usted venir con nosotras?
ARNHOLM. -Con mucho gusto. ¿ Hay sendero hasta arriba?
BOLETA. -Sí, señor, y es muy bueno.
HILDA. -Bastante ancho para que puedan ir del brazo dos personas.
ARNHOLM. (Bromeando). - ¿Está usted bien segura, Hildita? (A Boleta). ¿Quiere usted que veamos si su hermana dice la verdad?
BOLETA. (Reprimiendo una sonrisa).-Si usted quiere, vamos. (Vanse del brazo por la izquierda).
HILDA. (A Lyngstrand). - ¿Vamos también nosotros?
LYNGSTRAND. - ¿Del brazo?
HILDA. - ¿Por qué no? A mí me agrada.
LYNGSTRAND. (Le ofrece el brazo sonriendo). -¡La verdad es que tiene gracia!

Librodot

HILDA. - ¿ Gracia?

LYNGSTRAND. -Sí; parecemos dos novios.

HILDA. -Según parece, usted no se ha paseado nunca del brazo con una mujer, señor Lyngstrand.

(Vanse por la izquierda).

ESCENA VI

WANGEL y ELLIDA

WANGEL. (Que ha permanecido junto al mástil). -Ya estamos solos, querida Ellida.

ELLIDA. -Sí. Ven aquí, y sientate a mi lado.

WANGEL. -Todo está en paz y en calma. Hablemos un poco.

ELLIDA. - ¿De qué?

WANGEL. -De ti, Ellida; de nosotros y de nuestra vida. Esto no puede continuar así.

ELLIDA. -Pues, ¿qué más deseas?

WANGEL. -Completa intimidad, mujer, vida en común, como en otro tiempo.

ELLIDA. -¡Ah!¡Si se pudiera!¡Pero es imposible!

WANGEL. -Creo comprenderte. De vez en cuando has dejado escapar alguna palabra, algunas observaciones que me inducen a suponer...

ELLIDA. (Bruscamente). -¡Tú no comprendes nada!¡Di que no comprendes nada!

WANGEL. -Por lo contrario, digo que sí. Ellida, tú eres un alma fiel y leal.

ELLIDA. -Sí que lo soy.

WANGEL. -Para que disfrutes de paz y de ventura, es necesario que tengas franqueza y sinceridad.

ELLIDA. (Mirándole atentamente). - Bien, ¿Y...?

WANGEL. –Tú no has nacido para la segunda esposa de un hombre.

ELLIDA. - ¿Qué te lo hace suponer?

WANGEL. -Lo he presentido más de una vez, pero hoy tengo ya seguridad.¡Esta fiesta

preparada por las niñas en recuerdo de su madre....! Tú veías en mí una especie de cómplice, y no ibas descaminada, porque los recuerdos de un hombre, los míos al me-nos, no se borran tan fácilmente, y yo no puedo olvidar...

ELLIDA. -Lo sé, y lo comprendo.

WANGEL. -Sin embargo, te engañas. A ti te parece que la, otra, que la madre de mis hijas, vive todavía, que sigue viviendo entre nosotros, invisible. Crees que mi corazón está repartido entre ella y tú. Ese pensamiento es el que te subleva, el que te parece una inmoralidad en nuestra vida, y, por eso, no puedes, no quieres vivir en intimidad conmigo, te niegas ya a ser mi esposa.

ELLIDA. (Levantándose). - ¿Y has visto y comprendido todo eso, Wangel?

WANGEL. -Sí; lo veo claro, completamente claro, leyendo en tu alma.

ELLIDA. -¡Ah!¡No lo creas!

WANGEL. (Levantándose). -Ya, sé, ya sé, que hay algo más.

ELLIDA. (Asustada). - ¿Sabes que hay algo más?

WANGEL. -Sí; sé que no puedes aclimatarte aquí. Nuestras montañas te oprimen, pareciendo gravitar sobre tus pensamientos. No hay bastante luz aquí para ti, no hay bastante cielo libre, no hay bastante horizonte, ni bastante fuerza y flexibilidad en el aire.

ELLIDA. -Es verdad. Constantemente, en invierno lo mismo que en verano, experimento sobre mí la atracción del mar.

WANGEL. - Lo sé, Ellida (poniendo la mano sobre la cabeza de Ellida), y por eso la pobre niña enferma de-be volver a su casa.

ELLIDA. - ¿Qué dices?

WANGEL. -Digo que vamos a marcharnos.

ELLIDA. -¡A marcharnos!

WANGEL. -Sí, a orillas del mar libre, a un sitio que sea de tu agrado.

ELLIDA. -No podemos pensar en tal cosa, porque tú no serías dichoso fuera de aquí.

WANGEL. -Ya nos arreglaremos como podamos. Además, ¿crees que aquí puedo ser dichoso sin ti?

ELLIDA. -Pero, puesto que aquí estoy, aquí me quedo. -¡Soy tuya!

WANGEL. - ¿Lo eres de veras, Ellida?

ELLIDA. -¡Ah! No hablemos de eso. Tú tienes aquí todo cuanto te hace alentar, todo lo que constituye tu vida.
WANGEL. -Repito que nos arreglaremos como podamos. Vamos a marchar. Iremos a cualquier sitio, allá abajo. Estoy completamente decidido, querida Ellida.
ELLIDA. - ¿Qué saldremos ganando con eso?
WANGEL. -Tu salud y tu tranquilidad.
ELLIDA. - ¿Quién sabe? ¿Y tú? Porque hay que pensar en ti. ¿Qué ganarás?
WANGEL. -¡Volveré a ganarte a ti!
ELLIDA. -No. Es imposible. No, no, Wangel, no podrías.¡Eso es precisamente lo horrible, lo que me desespera!
WANGEL. -Hay que intentarlo. Si aquí te consumes con semejantes ideas, el único medio de desecharlas es huir lo antes posible. Es preciso y lo quiero, ¿oyes?
ELLIDA. -¡No, no!¡Oh, Dios mío! Prefiero confesártelo todo.
WANGEL. -Habla.
ELLIDA. -Tú no debes ser desgraciado por mi culpa, sobre todo, cuando no ha de servirte de nada.

WANGEL. –Me has prometido decírmelo todo, absolutamente todo.
ELLIDA. -¡Sea! Te lo diré todo, como lo pienso. Ven aquí, y siéntate a mi lado. (Se sientan en la piedra). WANGEL. -¡Vamos, Ellida, valor!
ELLIDA. -El día en que fuiste a preguntarme si podía y quería ser tu esposa, me hablaste franca, leal-mente, de tu primer matrimonio; me confesaste toda 1a felicidad que te había proporcionado.
WANGEL. -Decía la verdad.
ELLIDA. -Sí, sí, amigo mío, no lo dudo; pero dejemos eso. Hoy quiero recordarte que también fui franca contigo, confesándote que había amado a otro, y que ese otro había sido casi mi prometido.
WANGEL. - ¿Casi?
ELLIDA. -Sí.¡Pero duró tan poco tiempo aquello! El se marchó, y, después, terminaron nuestras relaciones. Era toda la verdad.

Librodot

WANGEL. -Pero, Ellida, ¿a, qué hablar de ese pasado? Realmente, yo no tenía ningún derecho para interrogarte, y jamás te pregunté el nombre de ese hombre.
ELLIDA. -Cierto. Siempre me has tratado con gran delicadeza.
WANGEL. (Sonriendo). -¡Oh! No era muy difícil adivinar...
ELLIDA. - ¿Adivinar el nombre?
WANGEL.-¡Claro! En Skjoldviken y en los alrededores, no hay tantas personas, o, mejor dicho, no había más que uno que pudiera...
ELLIDA. - ¿Supones, por ventura, que era Arnholm?
WANGEL. - ¿No es él?
ELLIDA. -No.
WANGEL. -Pues, entonces, no se me ocurre...
ELLIDA. - ¿Recuerdas que una vez, hacia fines de otoño, llegó un gran buque americano que hizo escala en Skjoldviken para reparar una avería?
WANGEL. -Sí; recuerdo perfectamente que, a bordo de ese buque, se encontró una mañana al capitán asesinado en su camarote. Me llamaron para hacer la autopsia del cadáver.
ELLIDA. -En efecto, supuse que habías ido.
WANGEL. -Se sospechaba que el asesino era el segundo piloto.
ELLIDA. -Nadie podrá asegurarlo, puesto que no hay ninguna prueba.

WANGEL. -Sin embargo, no había duda posible. ¿Por qué se habría ahogado el piloto, como lo hizo, si no hubiera sido culpable?
ELLIDA. -No se había ahogado. Se fue a bordo de un ballenero.
WANGEL. (Con asombro). - ¿Cómo lo sabes?
ELLIDA. (Dominándose). -Lo sé, Wangel, porque ese piloto era... mi prometido.
WANGEL. (Con asombro). - ¿Qué estás diciendo? ¿Es posible?
ELLIDA. -Sí: era mi prometido.
WANGEL. -¡Pero, por Dios, Ellida!¡Era una locura casarte con un hombre a quien nadie conocía! ¿Cómo se llamaba?
ELLIDA. –En aquella época se llamaba Freman; pero, luego, cambió de nombre, y firmó con el de Alfredo Johnston.
WANGEL. - ¿Y de dónde venía?

Librodot

ELLIDA. -De Finlandia, según dijo. Parece que había nacido allá, donde, había emigrado en compañía de su padre.

WANGEL. - ¿Era finlandés?

ELLIDA. -Así lo aseguraban, por lo menos.

WANGEL. - ¿No tienes más noticias de él?

ELLIDA. -No sé más sino que entró, siendo muy joven, de grumete en un navío y que había viajado mucho.

WANGEL. - ¿Y no sabes nada más?

ELLIDA. -No. Nunca hablábamos de eso.

WANGEL. -Pues, ¿de qué hablabais?

ELLIDA. -Del mar.

WANGEL. -¡Ah!¡Del mar!...

ELLIDA. -Hablábamos de las tempestades y de los tiempos de bonanza, de las noches lóbregas y de los días de sol; pero, especialmente, de las ballenas y las focas que se arrastran por los escollos a los rayos del sol, de las gaviotas y de todas las demás aves marinas. Entonces me parecía que todos esos seres debían ser de la misma raza, que él.

WANGEL. - ¿Y tú?

ELLIDA. -¡Yo! Concluí por creer que pertenecía también al Océano.

WANGEL. -Comprendo. ¿Y entonces fue cuando te comprometiste con aquel hombre?

ELLIDA. -¡Sí! Me decía: «Ha de ser.»

WANGEL. - ¿Ha de ser? ¿De modo que tú no tenías voluntad?

ELLIDA. –Jamás la tuve cuando él estaba a mi lado; pero, al quedarme sola, no podía explicarme aquella fascinación.

WANGEL. - ¿Le veías muy a menudo?

ELLIDA. -Muy a menudo, no. Lo conocí un día que fue a ver el faro. Después nos encontramos algunas veces; pero, al ocurrir el asesinato del capitán, tuvo que marcharse.

WANGEL. - ¿Cómo ocurrió eso?

ELLIDA. -Una mañana, apenas había amanecido aún, recibí una carta suya en la que me rogaba que fuese a verlo a Brathammeren, ya sabes: el cabo que está entre el faro y Skjoldviken.

WANGEL. -Sí, sí; lo conozco bien.

ELLIDA. -Añadiendo que fuera inmediatamente,porque necesitaba hablarme.

WANGEL. - ¿ Y fuiste?

ELLIDA.- Si, fui y me contó que había dado muerte al capitán durante la noche.

WANGEL. -¡Eh! ¿Te hizo esa confesión?

ELLIDA. -Sí, pero añadiendo que aquel acto era justo y natural.

WANGEL. - ¿ Justo y natural? Pues, ¿por qué lo mató?

ELLIDA. -Me dijo que no era cosa que pudiera contarme a mí.

WANGEL. - ¿Y tú diste crédito a sus palabras?

ELLIDA. -Sí. No traté de averiguar nada. Por fin, llegó el momento de marcharse; pero, antes...¡No! tú no puedes figurarte lo que hizo.

WANGEL. - ¿Qué hizo?

ELLIDA. -Sacó del bolsillo un anillo, y se quitó del dedo una sortija que llevaba; luego me sacó a mí del dedo una sortijita que tenía; y las dos, la suya y la mía, las metió en el anillo, diciendo que entonces debíamos casarnos con el mar.

WANGEL. - ¿Casaros?

ELLIDA. -Sí: fueron sus propias palabras, y arrojó al mar el anillo con las dos sortijas.

WANGEL. - ¿Y tú, Ellida, lo permitiste?

ELLIDA. -Sí. En aquel momento no tenía voluntad propia.¡Gracias a Dios, se marchó!

WANGEL. - ¿Y después que se marchó?

ELLIDA. -Recobré en seguida el juicio y comprendí que aquello era una locura.

WANGEL. - ¿Volviste a tener noticias de él?

ELLIDA. -Sí. Primero recibí algunas líneas de Arcángel, en las que sólo me decía que iba a marcharse a América, y me daba su dirección para que le contestara.

WANGEL. - ¿Respondiste?

ELLIDA. -En seguida. Le dije, naturalmente: que todo había concluido entre -nosotros, que no debía volver a pensar en mí, y que yo deseaba olvidarlo.

WANGEL. - ¿Y é1 continuó, escribiéndote?

ELLIDA. -Sí.

WANGEL. - ¿Contestó a tu carta?

ELLIDA. -No. Me, decía, simplemente que era necesario esperar, que me avisaría en cuanto pudiera recibirme, y que entonces tendría que ir a casarme con él sin dilación.

WANGEL. - ¿De manera que no renunciaba a ti?

ELLIDA. -No. Yo volví a escribirle, poco más o menos, en los mismos términos que en la carta anterior, más severamente quizá.

WANGEL. - ¿ Se desanimó al fin?

ELLIDA. -¡Ni poco ni mucho! Respondió tranquilamente, como siempre, sin hacer la menor alusión a nuestra ruptura, y comprendí que era inútil insistir. Entonces dejé de escribirle.

WANGEL. - ¿Y no has vuelto a tener noticias suyas?

ELLIDA. -¡Sí!¡Me escribió otras tres veces! Primero, una carta fechada en California; luego, otra desde China, y la última desde Australia. En la última decía que estaba a punto de ir a trabajar en las minas de oro. Desde entonces ignoro qué ha sido de él.

WANGEL. -Ese hombre ha ejercido sobre ti una influencia extraña, Ellida.

ELLIDA. - Efectivamente,¡es un hombre terrible!

WANGEL. -Ahora es preciso no volver a pensar en él. ¿Me lo prometes, Ellida? Vamos a ensayar otro tratamiento para ti, un aire más puro que el que respiramos en los lagos. ¿Qué te parece el aire salino y fortificante del mar?

ELLIDA. -¡Oh! No me hables de eso, no pienses en ello siquiera, te lo suplico. No hay medio de curarme. Ni el mar podría librarme de mi mal.

WANGEL. - ¿De qué mal? ¿Qué quieres decir?

ELLIDA. -Del terror, de la influencia espantosa...

WANGEL. -De eso te libraste hace mucho; cuando pusiste término a las relaciones que sostenías con él.

Ahora todo ha concluido.

ELLIDA. (Levantándose bruscamente). -Te equivocas: ésta es precisamente la desgracia; no haber concluído.

WANGEL. - ¿Qué dices?

ELLIDA. -¡No, Wangel, no ha concluido, y temo que no concluya nunca... nunca... nunca en esta vida!

WANGEL (Con voz ahogada).- ¿ Quieres decir que no has podido arrancar a ese hombre de tu corazón?

ELLIDA. -Creía haberlo olvidado; y se me ha reaparecido de repente.

WANGEL. - ¿ Cuándo?
ELLIDA. -Hace tres años, o poco más; cuando yo estaba encinta.
WANGEL. -¡Ah! ¿Cuándo estabas...?¡Oh!, Ellida, ahora comprendo muchas cosas!
ELLIDA. -Te engañas. El sentimiento que se ha apoderado de mí no puedes comprenderlo, porque yo misma no podré definirlo jamás.
WANGEL. -¡Y decir que durante tres años has amado a otro hombre... a otro... a un extraño!
ELLIDA. -¡No! No amo a nadie más que a ti.
WANGEL. -Entonces, ¿por qué, durante todo este tiempo, no has querido vivir conmigo, ser realmente mi esposa?
ELLIDA. -El horrible sentimiento que me ha inspirado ese hombre me lo ha impedido.
WANGEL. - ¿Qué quieres decir?
ELLIDA. -Sí:¡es una fascinación!¡una dolencia!¡una alteración tan extraña, tan violenta, que creo que su única causa es el mar... porque has de saber, Wangel...!

ESCENA VII

Dichos y los jóvenes de la ciudad que hacen una pasada de izquierda a derecha saludando. Después, ARNHOLM, BOLETA, HILDA y LYNGSTRAND.

BOLETA. (Al pasar). - ¿Siguen ustedes paseando por
aquí?
ELLIDA.-¡Está todo tan hermoso y tan fresco en las alturas...!
ARNHOLM. -Nosotros vamos a bailar.
WANGEL.- Muy bien. Pronto nos reuniremos con ustedes.
ARNHOLM. -Entonces, hasta luego.
ELLIDA. -Haga el favor, señor Lyngstrand. Quédese un instante con nosotros. (Lyngstrand se detiene. Los demás vanse por la derecha).

ESCENA VIII

WANGEL, ELLIDA, LYNGSTRAND

ELLIDA. (A Lyngstrand).- ¿Va usted a bailar también?
LYNGSTRAND. -No, señora; no me atrevo.
ELLIDA. -Conviene que guarde usted precauciones, porque no está completamente restablecido, ¿verdad?
LYNGSTRAND. -No, señora; todavía no lo estoy completamente.
ELLIDA. (Con perplejidad). - ¿Cuánto tiempo hace que realizó usted ese viaje?
LYNGSTRAND. - ¿El viaje después del cual caí enfermo?
ELLlDA. -Sí el viaje de que hablaba usted esta mañana.
LYNGSTRAND. -Fue... espere usted. Sí, hace poco más de tres años.
ELLIDA. - ¿Tres años?
LYNGSTRAND. -Sí, señora. Salimos de América en febrero, y naufragamos en marzo. Era precisamente la época, de las tempestades equinocciales.

ELLIDA. (Mirando a Wangel). -Y entonces fue cuando...
WANGEL. -Pero, querida Ellida...
ELLIDA. -Vaya, no quiero detenerlo, señor Lyngstrand; pero no baile.
LYNGSTRAND. -No, no haré más que mirar. (Mutis por la derecha).

ESCENA IX

WANGEL y ELLIDA

WANGEL. -Ellida, ¿por qué le has preguntado acerca de ese viaje?

ELLIDA. -Es que estoy segura de que Johnston estaba a bordo.

WANGEL. - ¿Por qué lo supones?

ELLIDA. -Encontrándose a bordo, supo que me había casado y al mismo tiempo me atacó esa especie de mal...

WANGEL. - ¿El mal de que hablabas hace un momento?

ELLIDA. -Sí. De repente se me aparece el extranjero y lo veo vivo. No me mira nunca; pero está presente.

WANGEL. - ¿Cómo lo ves?

ELLIDA. -Como lo vi la última vez.

WANGEL. - ¿Hace diez años?

ELLIDA. -Sí: en Brathammeren. Distingo muy bien, sobre todo el alfiler de la corbata con una perla azulada grande. Esa perla se asemeja al ojo de un pez muerto, y parece mirarme fijamente.

WANGEL. -¡Dios mío! Estás más enferma de lo que creía, Ellida. Más enferma de lo que tú te figuras.

ELLIDA. -Sí, sí. Ayúdame, si puedes, porque esta dolencia, me oprime cada vez más.

WANGEL. -¡Y has pasado aquí tres años largos en tal situación, y has soportado tales sufrimientos sin decirme nada!

ELLIDA. -No he podido. No he podido hasta hoy, que tú has hecho necesario esta confidencia.¡Si hubiese tenido que decirte todo esto, me habría visto obligada a confesarte esa cosa inexpresable, indecible!...

WANGEL. - ¿Inexpresable?

ELLIDA. -No, no no. No me preguntes nada. Sólo puedo decirte una palabra más. Wangel, ¿cómo te explicas aquellos ojos enigmáticos del niño?

WANGEL. -Te aseguro, Ellida, que, eso sólo era una ilusión tuya. Los ojos del niño eran absolutamente como los de todos los demás niños.

ELLIDA. -No, no, no es verdad.¡Cómo no lo advertiste! Los ojos del niño variaban de color al mismo tiempo que el mar, según había calma o tempestad..¡Ah! si tú no te dabas cuenta, yo lo veía bien.

WANGEL. (Cediendo). -¡Bien!¡Corriente! Pero, de todos modos, ¿qué tenemos con eso?
ELLIDA. (E n voz baja y acercándose). –He visto alguna vez ojos semejantes.
WANGEL. - ¿Cuándo? ¿Dónde?
ELLIDA. -En Brathammeren, hace diez años.
WANGEL. (Dando un paso atrás).- ¿Qué quieres decir?
ELLIDA. (En voz baja y temblorosa) . -El niño tenía los ojos del extranjero.
WANGEL. (Profiriendo un grito involuntario). -¡Ellida!
ELLIDA. (Desesperada, juntando las manos por encima de la cabeza). -¡Tú debes comprender ahora por qué no querré nunca, por qué no podré nunca vivir contigo como verdadera esposa! (Váse corriendo por la derecha).
WANGEL. (Corriendo tras ella) .-¡Ellida, Ellida, desgraciada Ellida, Ellida mía!

TELÓN

ACTO TERCERO

La escena representa un apartado rincón del jardín del doctor Wangel, lugar húmedo y pantanoso, con árboles viejos. A la derecha, la orilla de un estanque. Un pequeño seto separa el jardín del sendero. En el horizonte, vense un lago y montañas. Declina el día.

ESCENA PRIMERA

BOLETA, HILDA, LYNGSTRAND. La primera cose sentada en un banco de piedra a la izquierda. Sobre el banco, libros y una bolsa de labor. Hilda y Lynsgtrand, con avíos de pesca, aparecen costeando el estanque.

HILDA. (Haciendo una seña a Lyngstrand).¡No semueva usted! Allí hay uno grande...
LYNGSTRAND. (Mirando) .- ¿ Dónde?

HILDA. (Señalando con el dedo). - ¿No lo ve usted?
¡Allí!¡Y allí también!¡Diablo!¡Otro! (Mirando hacia los árboles).¡Vaya! Ahí viene alguien a espantarlos y a estorbar.
BOLETA. (Alzando la cabeza).- ¿Quién viene?
HILDA. -Tu maestro.
BOLETA. - ¿Mi maestro?
HILDA. -Sí, por Dios. Mío no lo ha sido nunca.

ESCENA II

Dichos, ARNHOLM por la derecha.

ARNHOLM. - Qué, ¿hay ahora pesca en el estanque?
HILDA. -Sí, señor, allí se pasean algunos corasios viejos.
ARNHOLM. - ¿Viven todavía los corasios viejos?
HILDA. -Tienen duro el pellejo, pero ahora vamos a ajustarles las cuentas.
ARNHOLM. -Sería mejor que pescaran ustedes en el lago.
LYNGSTRAND. -No, el estanque tiene más misterios.
HILDA. -Ciertamente, es más interesante. ¿Se ha bañado usted?
ARNHOLM. –De bañarme vengo ahora.
HILDA. -Supongo que no habrá salido usted de la caseta.
ARNHOLM. -¡Claro! Como que no soy buen nadador.
HILDA. - ¿Sabe usted nadar de espaldas?
ARNHOLM. -No, señorita.
HILDA. -Yo sí. (A Lyngstrand). -Vamos a pescar al otro lado. (Vanse costeando el estanque por la derecha).

ESCENA III

ARNHOLM y BOLETA

ARNHOLM. (Acercándose a Boleta). -Usted está siempre sola, Boleta!

BOLETA. -Sí, generalmente.

ARNHOLM. - ¿No está su madre de usted aquí, en el jardín?

BOLETA. -No; debe haber ido a paseo con papá.

ARNHOLM. - ¿Cómo se encuentra esta tarde?

BOLETA. -Lo ignoro. Se me olvidó preguntárselo.

ARNHOLM. - ¿Qué libros son esos que tiene usted ahí?

BOLETA. -Son tratados de botánica y de geología.

ARNHOLM. - ¿Es usted aficionada a esas ciencias?

BOLETA. -Sí; pero sólo las estudio cuando me sobra tiempo, porque antes tengo que ocuparme en la casa.

ARNHOLM. -Pero su madre, de usted, su madre política, ¿no la ayuda?

BOLETA. -No. Lo hago yo todo. Tomé la dirección de la casa cuando papá estaba solo, y después he seguido...

ARNHOLM. -Pero, ¿continúa usted con la misma afición a la lectura?

BOLETA. -Sí; leo siempre que puedo procurar me libros útiles. Conviene conocer algo del mundo, y aquí vivimos extraños a todo, o poco menos.

ARNHOLM. -No tanto, amiga Boleta.

BOLETA. - ¿Cómo que no? Me parece que vivimos lo mismo que los corasios del estanque. Tienen a dos pasos el lago, donde hay millares de peces de mar, verdaderos peces salvajes, y los pobres peces domésticos viven ignorantes de todo en agua, dulce, y jamás disfrutarán de libertad.

ARNHOLM. -Creo que harían mal en cambiar de género de vida.

BOLETA. - ¿Quién sabe? Quizá no les produjera ninguna impresión.

ARNHOLM. -Además, usted no puede decir que aquí se vive en completo aislamiento; por lo menos, durante el verano. Desde hace algunos días, esto es una especie de punto de cita, un centro de atracción, de vida de sociedad, un continuo ir y venir de gente de paso.

BOLETA. (Sonriendo). - Como usted no está aquí más que de paso, se permite burlarse de

nosotros.

ARNHOLM. - ¿Burlarme? ¿Cómo puede creer...?

BOLETA. -Sí: todas esas frases de punto de cita, centro de atracción, constante ir y venir, se las ha oído usted a los vecinos de la ciudad. Es su manía.

ARNHOLM. -Cierto.

BOLETA. -Pero, en realidad, es un error profundo.

¿Quiere usted decirme de qué puede servirnos a nosotros, que vivimos siempre aquí que todos esos forasteros pasen por nuestra tierra para admirar el sol de media noche? ¿Qué vamos ganando nosotros?

Nosotros no hemos de ver maravillas, tenemos que vivir aquí siempre, en nuestro estanque de corasios.

ARNHOLM. (Sentándose a su lado) .-Dígame amiga Boleta, ¿tiene usted quizá algún anhelo, algún deseo, en este retiro?

BOLETA. -Es muy probable.

ARNHOLM. - ¿Qué desea usted?

BOLETA. -Ante todo salir de aquí.

ARNHOLM. - ¿Ante todo?

BOLETA. -En segundo lugar, instruirme, profundizar todas las cosas...

ARNHOLM. -Cuando yo era profesor de usted, su padre decía muchas veces que le permitiría estudiar cuanto le agradara.

BOLETA. -¡Ah, sí!¡pobre papá! El habla mucho, pero le falta energía para obrar.

ARNHOLM. –Desgraciadamente tiene usted razón.

Carece de energía. Pero, ¿no le ha expuesto usted nunca su deseo?

BOLETA. -No, nunca.

ARNHOLM. -Pues debe usted hacerlo antes de que sea demasiado tarde. ¿Por qué no lo hace usted, Boleta?

BOLETA. -Quizá porque carezco también de energía.. Debe ser un defecto de familia.

ARNHOLM. - ¿Lo cree usted así?

BOLETA. -Por desgracia, sí. Además, papá apenas tiene tiempo de pensar en mí y en mi porvenir. Ni tiempo ni ganas. Evita esas cuestiones cuanto puede.

Ellida le absorbe por completo.

ARNHOLM. - ¿Quién? ¿Cómo?

BOLETA. -Quiero decir que él y mi madrastra...

(Deteniéndose). Demasiado comprende usted que papá y mamá tienen que preocuparse de ellos, de lo que les interesa a los dos.

ARNHOLM. -Entonces, haría usted bien en marcharse.

BOLETA. -Sí; pero es que, a pesar de todo, me parece que no tengo derecho a abandonar a papá.

ARNHOLM. –Amiga mía, antes o después tendrá usted que abandonarlo, y, por consiguiente, cuanto antes mejor.

BOLETA. -No habrá más remedio, porque, yo también necesito, pensar en mí, tengo que crearme una posición. Si muriera papá, ¿quién me acogería?

¡Pobre papá! La sola idea de separarme de él me espanta.

ARNHOLM. - ¿ La espanta?

BOLETA. -Sí, por él.

ARNHOLM. -Pero encontrándose aquí su madrastra que se quedará a su lado...

BOLETA. -Me espanta, de todos modos. Mi madrastra no tiene el tacto y la delicadeza que mamá. Hay tantas cosas que no ve, o que no quiere ver, o en que no le gusta ocuparse.¡No sé por qué!

ARNHOLM. -Ya supongo a qué se refiere.

BOLETA. -¡Pobre papá! Tiene debilidades, quizá usted lo habrá advertido; y, además, tiene mucho tiempo desocupado, y ella no le ayuda, no sabe sostenerle en las horas de ocio. Algo de eso es culpa de él también.

ARNHOLM. - ¿Cómo?

BOLETA. -Quiere ver siempre en torno suyo caras risueñas. Es menester que esté despejado, que brille el sol, que haya alegría en la casa, como él dice. Por eso tiemblo tanto cada vez que ensaya un nuevo remedio para curarla...¡no lo conseguirá!

ARNHOLM. - ¿No? ¿Lo cree usted así?

BOLETA. - Si: no puedo abandonar esa idea, que a veces me asedia de un modo extraño. (Con cólera). ¿ No es una injusticia tener que permanecer siempre en esta casa? Yo de nada sirvo a papá, y, por otra parte, tengo para conmigo deberes que no puedo cumplir.

ARNHOLM. -Vamos a ver, mi querida Boleta, hablemos en serio. ¿Quiere usted?

Librodot

BOLETA. - ¿Qué sacaríamos? No hay quien me quite de la cabeza que he nacido para pasar aquí toda la vida, en el estanque de los corasios.
ARNHOLM. -No hay tal cosa, porque eso sólo depende de usted.
BOLETA. (Vivamente) .- ¿Lo cree así?
ARNHOLM. -Sí:¡de usted sola!
BOLETA. -¡Dios mío, si fuera cierto! ¿Quizá usted piensa decidir a papá?
ARNHOLM. -Así es; pero, ante todo, querida Boleta, tengo que hablar a usted con toda sinceridad, con toda franqueza. (Mirando a la izquierda).¡Chit! No deje usted traslucir nada. Volveremos a hablar de esto más tarde.

ESCENA IV

Dichos, y ELLIDA por la izquierda. Lleva un chal sobre la cabeza y sobre los hombros.

ELLIDA. (Con agitación nerviosa) .-¡Qué buen tiempo
hace aquí!¡Es delicioso!
ARNHOLM. (Levantándose) . - ¿ Viene usted de pasear?
ELLIDA. -Sí: he hecho una excursión a pie con Wangel, y ahora vamos a dar un paseo en bote.
BOLETA. - ¿No quieres sentarte?
ELLIDA. -No.¡Gracias!
BOLETA. -Hay sitio.
ELLIDA. (Paseándose).-No, no, no quiero sentarme, no quiero sentarme.
AR.NHOLM. -Ese paseo debe haberle sentado a usted muy bien, porque tiene el rostro muy animado.
ELLIDA. -Sí; estoy muy bien, muy contenta y muy animada. (Mirando a la izquierda). ¿Qué es aquello?
¿Un vapor grande que llega?

BOLETA. (Levantándose y mirando). - Debe ser inglés.
ARNHOLM. -Se detiene en la boya. ¿Siempre hace alto ahí?
BOLETA. -Sí, pero, sólo durante media hora. Después remonta el lago.
ELLIDA. -¡Y mañana saldrá al mar libre!¡El mar libre!¡Ah, si pudiera bogar por él, vivir en él siempre hasta formar parte suya!
AR.NHOLM. - ¿No ha viajado usted nunca por mar ELLIDA. – Nunca sólo he hecho pequeñas excursiones por los lagos.
BOLETA. (Suspirando).-Tenemos que contentarnos con la tierra firme.
ARNHOLM. -Después de todo, es nuestro elemento.
ELLIDA. -No lo creo así.
ARNHOLM. - ¿No pertenecemos a la tierra firme?
ELLIDA. -No. Creo que, si desde que nacimos nos hubiésemos acostumbrado a vivir en el mar, quizá seríamos más buenos y más dichosos de lo que somos.
ARNHOLM. - ¿Lo cree usted así?
ELLIDA. -Indudablemente, y quisiera hacer la prueba. Con frecuencia, se lo he dicho a Wangel.
ARNHOLM. -Y él, ¿qué opina?
ELLIDA. –Que podría tener razón.

ARNHOLM. (En broma). -El caso es que el mal no tiene remedio. Si hemos errado el camino haciéndonos animales terrestres en vez de animales marinos, es demasiado tarde para corregir el error.
ELLIDA. -Dice usted una triste verdad y ahí está la pena secreta que sufrimos. No lo dude, no; a eso se debe la melancolía de la humanidad.
ARNHOLM. -Señora, no he advertido esa tristeza. Por lo contrario, creo que a la mayoría de los hombres les parece la vida muy alegre y muy grata, y viven en la mayor placidez, sin penas ni cuidados.
ELLIDA. -¡Error! Esa alegría es como la que experimentamos en las largas y serenas noches de estío, sobre las que pesa siempre la amenaza de la lobreguez. Esa amenaza es la que nubla la alegría de la humanidad, como la nube que pasa proyectando sombra sobre el lago... ese lago que, hace un momento, era tan blanco y azul, y después, de repente...

Librodot

BOLETA. -Abandona esas tristes ideas. Hace poco estabas tan alegre y tan animada.
ELLIDA. -Es verdad,¡soy una tonta! (Mirando, con zozobra en torno suyo).¡Si viniera siquiera Wangel! Y el casó es que me lo ha prometido, pero¡no viene! Amigo Arnholm, ¿quiere usted hacerme el favor de ir a buscarle?
ARNHOLM. -Con mucho gusto, señora.
ELLIDA. -Dígale que venga en seguida, porque ya no le veo.
ARNHOLM.- ¿A quién?
ELLIDA. -¡Ah! Usted no -comprende. Cuando no está a mi lado, a veces no me acuerdo de su cara, y entonces me parece que lo he perdido completamente, y es una cosa horrible.¡Pero vaya usted por él! (Se pasea por la orilla del estanque).
BOLETA. (A Arnholm). -Iré con usted. Usted solo no lo encontraría.
ARNHOLM. -¡Pues no he de encontrarlo!
BOLETA. (A media voz). -No, no; estoy intranquila. Temo que esté a bordo del vapor.
ARNHOLM. - ¿Y eso le asusta a usted?
B0LETA. -Sí; suele ir allí con la esperanza de encontrar amigos, y como hay un restaurant a bordo...
ARNHOLM. -¡Ah, ya! Comprendo. Entonces, venga conmigo. (Mutis por la izquierda.

ESCENA V

ELLIDA y UN EXTRAÑO. Ellida quédase mirando el estanque y murmurando frases entrecortadas. Por detrás del seto del jardín aparece en el sendero un extraño en traje de viaje. Tiene barba y cabellera espesas, de color rojo. Lleva gorra escocesa y bolsa de viaje. Sigue pausadamente el seto, mirando el jardín.

EL EXTRAÑO. (Al ver a Ellida, se detiene y la contempla fijamente, diciendo a media voz). -¡Buenas tardes, Ellida,!
ELLIDA. (Se vuelve exclamando).¡Ah!¡Vienes al fin!
EL EXTRAÑO. Sí; al fin he venido.

ELLIDA. (Lo mira atónita e inquieta). - ¿Quién es usted? ¿A quien busca,?

EL EXTRAÑO. -Tú dirás.

ELLIDA. (Asombrada). - ¿Qué es esto? ¿Quién es usted? ¿Por qué habla? ¿A quién busca?

EL EXTRAÑO. -A ti.

ELLIDA. (Con espanto). -¡Ah! (Lo mira y retrocede profiriendo un grito medio ahogado).¡Los ojos!¡Los Ojos!

EL EXTRAÑO. -Al fin empiezas a conocerme.¡Yo a ti te conocí en seguida, Ellida!

ELLIDA. -¡Oh!¡Esos ojos!¡No me mire usted así,
o pido auxilio!

EL EXTRAÑO. -No tengas miedo. No he de hacerte daño.

ELLIDA.- (Cubriéndose los ojos con la mano). Pero,¡por favor!, no me mire usted así.

EL EXTRAÑO. (Poniéndose de codos sobre el seto). -Acabo de llegar en el vapor inglés.

ELLIDA. (Mirándole con ansiedad). - ¿Qué quiere usted de mí?

EL EXTRAÑO. -Te había prometido volver tan pronto como pudiera.

ELLIDA. -¡Márchese usted, márchese usted, y no vuelva jamás aquí! Ya le escribí que todo había concluido entre nosotros, todo, todo!¡Bien lo sabe usted!

EL EXTRAÑO. (Sin alterarse). -Yo quería haber venido antes por ti; pero me ha sido imposible. En fin, ahora lo he conseguido, y soy tuyo, Ellida.

ELLIDA. - ¿Qué quiere usted de mí? ¿En qué piensa? ¿Por qué ha venido aquí? EL EXTRAÑO. -¡De modo que no comprendes que he venido a buscarte!

ELLIDA. (Retrocediendo espantada). - ¿A buscarme?

EL EXTRAÑO. -Sí; a buscarte. Es natural.

ELLIDA. -Usted sabe perfectamente, que estoy casada.

EL EXTRAÑO. -Lo sé.

ELLIDA. -¡Lo sabe usted!¡Y, sin embargo, viene aquí a... a buscarme!

EL EXTRAÑO. -¡Eso es!

ELLIDA. (Agarrándose la cabeza con las dos manos). -¡Oh!¡Esa mirada! Siempre esa mirada temible, espantosa.

EL EXTRAÑO. - ¿Es que acaso no querrías...?

ELLIDA. (Horrorizada). -¡No me mire usted de ese modo!

EL EXTRAÑO. -Te pregunto si no quieres.

ELLIDA. -¡No, no, no, no quiero!¡Jamás!¡Digo que no quiero, que no puedo ni quiero! (Más bajo). Y no me atrevo tampoco.
EL EXTRAÑO. (Salta por el seto y entra en el jardín). -Entonces, Ellida, tengo que decirte una cosa antes de marcharme.
ELLIDA. (Desea huir, pero se queda paralizada de horror, apoyada en un árbol junto al estanque). -¡No me toque usted!¡No se acerque!¡Le repito que no me toque!
EL EXTRAÑO. (Avanza lentamente algunos pasos). -Ellida, no tienes que tener miedo de mí.
ELLIDA. (Tapándose los ojos con las manos) .No me mire usted de ese modo.
EL EXTRAÑO. –No tengas miedo, Ellida.

ESCENA VI

Dichos, e1 doctor WANGEL por la izquierda.

WANGEL. (Entre los árboles) .- ¿Hace mucho que me esperas?
ELLIDA. (Se precipita hacia él, se aferra a su brazo y exclama) -¡Ah, Wangel!¡Sálvame, sálvame si puedes!
WANGEL. -¡Ellida! ¿Qué pasa, Dios mío?
ELLIDA. -¡Sálvame, Wangel! Pero, ¿no le ves? ¡Está ahí!¡Ahí!
WANGEL. (Mirando). - ¿Ese hombre? (Adelantándose hacia el extraño). ¿Me permitirá que le pregunte quién es y por qué ha entrado en mi jardín?
EL EXRTAÑO. (Indicando a Ellida con un movimiento de cabeza). -Necesito hablarle.
WANGEL. -¡Ya! ¿Conque era usted? (A Ellida). He oído que había entrado en el patio un forastero preguntando por ti.
EL EXTRAÑO. -Sí; era, yo. ..
WANGEL. - ¿Y qué tiene usted que decir a mí esposa? (Volviéndose): ¿Lo conoces, Ellida?
ELLIDA. (En voz baja retorciéndose las manos). -¡Sí... es cierto... lo conozco!

WANGEL. (Precipitadamente). -¡Bien! ¿ Pero...?

ELLIDA. -¡Ah, Wangel!¡Es él, el mismo, ya sabes!

WANGEL. -¡Cómo! ¿Qué dices? (Volviéndose). ¿Usted es Johnston, el que en otro tiempo...?

EL EXTRAÑO. -Llámeme usted Johnston, si le place; pero mi nombre no es ése.

WANGEL. - ¿No se llama usted Johnston?

EL EXTRAÑO. –Ahora, no.

WANGEL. - ¿Y qué tiene que decir a mi esposa?

Debe saber que la hija del jefe del faro se casó hace tiempo, y no debe ignorar tampoco con quién se ha casado.

EL EXTRAÑO. -Hace tres años que lo sé.

ELLIDA. (Con interés). - ¿Cómo lo averiguo usted?

EL EXTRAÑO. -Cayó en mis manos un periódico que anunciaba el matrimonio.

ELLIDA. -¡El matrimonio!¡Sí! Entonces era.

EL EXTRAÑO. -Me impresionó mucho, porque recordé una ceremonia llamada de las sortijas. Ya te acuerdas, Ellida: aquella ceremonia era también un matrimonio.

ELLIDA. (Cubriéndose el rostro con las manos). -¡Ah!

WANGEL. - ¿Cómo se atreve usted...?

EL EXTRAÑO. - ¿La habías olvidado, Ellida?

ELLIDA. (Sintiendo pesar sobre ella la mirada del extraño). -No me mire usted más así.

WANGEL. (Colocándose ante el extraño). - A mí es a quien debe usted dirigirse, y no a la señora. Y ahora que conoce usted la situación, ¿qué tiene que hacer aquí? ¿Con qué derecho persigue usted a mi esposa hasta este sitio?

EL EXTRAÑO. -Prometí a Ellida venir a buscarla tan pronto como pudiera.

WANGEL. -¡Ellida! ¿Otra vez?

EL EXTRAÑO. -Ellida me prometió esperar mi regreso.

WANGEL. -Habla usted a mi esposa con una familiaridad que no toleraremos en nuestra casa, caballero...

EL EXTRAÑO. -Ya lo sé; pero, como era mía antes de ser de nadie...

WANGEL. -¡De usted!¡Ah, no...!

ELLIDA. (Retrocediendo, hasta ponerse detrás de Wangel).-¡Oh!¡Esos ojos!¡Apártese!

WANGEL. -¡De usted!¡Dice usted que le pertenece!

EL EXTRAÑO. - ¿Le ha referido la ceremonia de nuestros dos anillos?

WANGEL. -Sí; pero, ¿y qué? Después rompió las relaciones con usted, y no puede alegar ignorancia, porque debió recibir las dos cartas que le dirigió.

EL EXTRAÑO. -Habíamos convenido en respetar aquella ceremonia como una ceremonia nupcial.¡Era un matrimonio!

ELLIDA. -¡Nunca, nunca! No quiero nada con usted. No me mire de ese modo. Le digo a usted que no quiero.

WANGEL. -Usted está loco si espera hacer valer un derecho fundado en semejantes puerilidades.

EL EXTRAÑO. -Es verdad; no tengo ningún derecho, en el sentido en que usted lo entiende, absolutamente ninguno.

WANGEL. -Entonces, ¿qué es lo que quiere? ¿Acaso supone que puede arrebatármela por la fuerza y contra su voluntad?

EL EXTRAÑO. -No. Deseo que me siga voluntariamente.

ELLIDA. (Estupefacta). -¡Voluntariamente!

WANGEL. - ¿Y se atreve a creer que...?

ELLIDA. (A sí misma). -¡Voluntariamente!

WANGEL. -¡Usted está loco!¡Márchese! Usted no tiene ya nada que hacer aquí.

EL EXTRAÑO. (Mirando su reloj). -Pronto será hora de embarcarme. (Avanza un paso). Sí Ellida: acabo de cumplir mi deber. (Avanza más). He cumplido mi palabra.

ELLIDA. (Suplicando y retrocediendo). -¡Oh! ¡No me toque usted!

EL EXTRAÑO. - Tienes tiempo de reflexionar hasta mañana por la tarde.

WANGEL. -No tiene que reflexionar nada.¡Salga usted de aquí!¡Márchese usted! EL EXTRAÑO. (Dirigiéndose siempre a Ellida). -Voy a remontar el lago en el vapor inglés, y volveré mañana por la noche. Me esperarás aquí en el jardín, porque prefiero arreglar este asunto contigo sola. ¿Comprendes?

ELLIDA. (En voz baja y temblando).- ¿ Oyes, Wangel?

WANGEL. –No tengas cuidado. No volverá.

EL EXTRAÑO. -Hasta la vista, Ellida; hasta mañana por la noche.

Librodot

ELLIDA. (Suplicando). -No, no, no venga usted mañana por la noche.¡No vuelva usted!

EL EXTRAÑO. -Y, entonces, si estás dispuesta, a embarcarte conmigo...

ELLIDA. -No me mire usted de ese modo.

EL EXTRAÑO. -A todo evento, está preparada para partir.

WANGEL. -Ellida, entra en casa.

ELLIDA. - No puedo.¡Ayúdame!¡Sálvame, Wangel!

EL EXTRAÑO. -Ten en cuenta que si mañana no me sigues, todo habrá concluido para siempre.

ELLIDA. (Mirándole temblorosa). - ¿Habrá concluido todo? ¿Para siempre?

EL EXTRAÑO. (Con movimiento de cabeza). -Irremisiblemente, Ellida. No volveré jamás a este país; no volverás a verme; no volverás nunca a tener noticias mías. Habré muerto por siempre para ti.

ELLIDA. (Suspirando). -¡Ah!

EL EXTRAÑO. -Por lo tanto, piensa bien lo que haces. ¡Adiós! (Salta el seto, se detiene y dice): Conque, Ellida, que estés preparada para partir mañana por la noche.¡Volveré por ti! (Váse lenta y sosegadamente por el sendero de la derecha. Ellida lo sigue con la mirada).

ESCENA VII

WARGEL y ELLIDA

ELLIDA. - Me ha dicho: «Voluntariamente. » Ya ves: me ha dicho que debía ir voluntariamente.

WANGEL. -Tranquilízate; ya se ha marchado, y no lo verás más.

ELLIDA. - ¿ No has oído que volverá mañana por la noche?

WANGEL. -¡Que se atreva a venir! A ti no ha deverte. Lo aseguro.

ELLIDA. (Moviendo la cabeza). -¡Ah, Wangel! No te hagas la ilusión de que puedes impedirle verme.

WANGEL. -¡No he de poder! Vamos, confía en mí.

ELLIDA. (Pensativa, sin escuchar a Wangel). –vendrá mañana a la noche; luego, saldrá en el gran vapor hacia el mar libre.

WANGEL. -¡Bien! ¿Y qué?

ELLIDA. -Quisiera saber si no volverá nunca, nunca.

WANGEL. -No, querida Ellida, puedes tenerlo por seguro. ¿Qué tiene él ya que hacer aquí? Tú misma le has dicho que no querías nada con él. Por lo tanto, todo ha concluido definitivamente.

ELLIDA. (A sí misma). -¡De manera que mañana o nunca!

WANGEL. -Y, después de todo, si tuviera el atrevimiento de volver...

ELLIDA. (Con viveza). - ¿Qué?

WANGEL. -¡Ya sabremos impedirle que haga nada!

ELLIDA. -No lo creas.

WANGEL. –Nada hay más sencillo. Si no quiere dejarte tranquila, tendrá que expiar el asesinato del capitán.

ELLIDA. (Violentamente). -¡No, no, no!¡Eso nunca! Nosotros no sabemos nada del asesinato del capitán, nada, absolutamente nada.

WANGEL. - ¿Nada?¡El mismo te lo ha confesado!

ELLIDA. -¡Mentira! no me ha dicho nada. Si hablas, lo negaré todo.¡No se debe encarcelar a ese hombre! Pertenece al mar.¡Allí está su vida!

WANGEL. (Lentamente y mirando a su mujer). -¡Ah! ¡Ellida, Ellida!

ELLIDA. (Asiéndose a él con violencia).-¡Wangel, mi fiel Wangel, sálvame de ese hombre!

WANGEL. (Desasiéndose suavemente). -¡Ven conmigo!

ESCENA VIII

Dichos, LYNGSTRAND a HILDA, por la orilla del estanque, con útiles de pesca.

LYNGSTRAND. (Adelantándose precipitadamente hacia Ellida).¡Ah, señora! Tengo que decirle a usted una cosa extraordinaria!

WANGEL. - ¿Qué es?
LYNGSTRAND. -¡Figúrese usted!-...¡Hemos visto al americano!
WANGEL. - ¿Al americano?
HILDA. -Sí; yo también le he visto.
LYNGSTRAND. -Pasaba por detrás del jardín, y después se ha embarcado en el vapor inglés.
WANGEL. - ¿De qué conoce usted a ese hombre?
LYNGSTRAND. –Serví en el mismo buque que él hace años.¡Yo lo creía muerto, y acabo de encontrármelo lleno de vida!
WANGEL. - ¿Puede usted darme algunas noticias de él?
LYNGSTRAND. -No, pero seguramente ha vuelto para vengarse de su infiel esposa.
WANGEL. - ¿Cómo?
HILDA. -Lyngstrand piensa utilizar este asunto para una obra de arte.
WANGEL. - ¿Qué decís?
ELLIDA. -Luego lo sabrás.

ESCENA IX

Dichos, ARNHOLM y BOLETA, por el sendero.

BOLETA. (A los que están en el Jardín). -¡Vengan ustedes a ver! El vapor inglés está remontando el lago. (Pasa lentamente, a alguna distancia, un gran vapor).
LYNGSTRAND. (Junto al seto del jardín). -Seguramente va a vengarse esta noche.
HILDA. (Afirmando con la cabeza). -¡De la infiel!¡Oh, sí!¡Seguramente!
LYNGSTRAND. -Y a la media noche...

HILDA. -¡Va a ser una cosa interesante!

ELLIDA. (Mirando hacia el vapor). -De modo que... Mañana...

WANGEL. -Mañana, y nunca más.

ELLIDA. (En voz baja y trémula).-¡Ah, Wangel! ¡Sálvame de mí misma!

WANGEL. (Mirándola con ansiedad). -Ellida, lo estoy viendo; tú me ocultas alguna cosa.

ELLIDA. -Lo que atrae es un misterio.

WANGEL. - ¿Lo que atrae?

ELLIDA. -Ese hombre es como el mar. (Atraviesa el jardín, pensativa y pausadamente, y váse por la izquierda. Wangel, intranquilo, la sigue).

TELÓN

ACTO CUARTO

Sala, decentemente amueblada, con puertas a derecha e izquierda. Al foro, entre las ventanas, puerta vidriera correspondiente a un mirador, desde la cual se divisa un jardín. A la izquierda, un sofá; delante del sofá, una mesa. A la derecha, un piano; más hacia el fondo, un gran canastillo de flores. En el centro, un velador rodeado de sillas. Sobre el velador, un rosal en flor, entre otras plantas.

ESCENA PRIMERA

LYNGSTRAND, BALLESTED, HILDA y BOLETA. Ésta bordando, sentada en el sofá, cerca de la mesa de la izquierda. Lyngstrand sentado en una silla al extremo de la mesa. Ballested pintando en el jardín, e Hilda a su lado, mirando.

LYNGSTRAND. (De codos sobre la mesa, viendo trabajar a Boleta). -Debe ser muy difícil ese bordado, señorita Wangel.

BOLETA. -No lo crea usted. Difícil no es. Basta contar los puntos.

LYNGSTRAND. - ¿Contar? ¿Hay que contar?

BOLETA. -Sí ; los puntos.¡Vea usted!

LYNGSTRAND. -Ya, ya veo. Es casi un arte. ¿Sabe también dibujar?

BOLETA. -Sí, cuando tengo modelo.

LYNGSTRAND. -Sin modelo, ¿no?

BOLETA. -No.

LYNGSTRAND. -Entonces, eso no es arte.

BOLETA. -Ya lo sé; no es más que rutina.

LYNGSTRAND. -Sin embargo, creo que usted podría aprender un arte.

BOLETA. -¡Cómo! No tengo ninguna disposición.

LYNGSTRAND. -¡Sí, señora! Le bastaría tener por consejero un verdadero artista.

BOLETA. -Entonces, ¿usted cree que él podría enseñarme...?

LYNGSTRAND. -Lo que se llama enseñar, quizás no; pero creo que usted se posesionaría del arte poco a poco, misteriosamente, como por milagro.

BOLETA. -¡Es original!

LYNGSTRAND. (Después de una breve pausa). -Con franqueza, señorita; ¿ha pensado usted alguna vez en el matrimonio?

BOLETA. (Mirándole furtivamente). - ¿En el matrimonio?... No.

LYNGSTRAND. -Pues yo he reflexionado...

BOLETA. - ¿Sí?

LYNGSTRAND. -¡Mucho! Pienso con mucha frecuencia en esas cosas, especialmente, en el matrimonio. Como he leído muchos libros, me figuro que el matrimonio debe ser una especie de milagro, que transforma poco a poco a la mujer hasta parecerse al marido.

BOLETA. -Hasta tener los mismos gustos... ¿Es eso lo que quiere usted decir?

LYNGSTRAND. -Precisamente.

BOLETA. -Convenido; pero ¿y sus facultades, y sus disposiciones?

LYNGSTRAND. -¡Esa es la cuestión! Pregunto si todo eso no puede adquirirse también.
BOLETA. - ¿Usted cree entonces que un hombre puede transmitir a su esposa cuanto él se ha asimilado por la lectura o por la reflexión?
LYNGSTRAND. -Sí; poco a poco y como por milagro. Pero ya sé que eso no será fácil más que tratándose, de un matrimonio completamente feliz, de una unión íntima y sincera..
BOLETA. - ¿Y no se ha preguntado usted nunca si un hombre podría transformarse por la influencia de la mujer hasta llegar a asemejarse a ella?
LYNGSTRAND. -¡Un hombre! No, no lo creo.
BOLETA. - ¿Por qué?
LYNGSTRAND. -Porque el hombre siempre tiene un objetivo en la vida, y por eso adquiere tanta fuerza y tanta energía.
BOLETA.- ¿De manera que todos los hombres...?
LYNGSTRAND. -¡Ah, no! Sólo me refiero a los artistas.
BOLETA. - ¿Aprueba usted que un artista se case?
LYNGSTRAND. -Sí; siempre que encuentre una mujer a quien ame de veras.
BOLETA. -Yo opino, por lo contrario, que debe vivir exclusivamente para el arte.
LYNGSTRAND. -Cierto; pero el matrimonio no obsta...
BOLETA. -¡Corriente! Pero, ¿y la mujer, entonces?
LYNGSTRAND. - ¿La mujer? ¿Cómo?
BOLETA. Sí, su mujer. ¿Cuál será el objeto de su vida?
LYNGSTRAND. -Vivirá también para el arte del
marido, y me parece que será una gran felicidad para ella.
BOLETA. -¡Hum! No me atrevería a asegurarlo.
LYNGSTRAND. -Lo aseguro yo, señorita, No sólo por el honor y el aprecio de que gozaría, gracias a él, sino también, y especialmente, porque podría ayudarle a crear, facilitándole el trabajo, animándole, haciéndole grata y alegre la vida. Me parece que todo eso debe tener gran atractivo para, una mujer.
BOLETA. -¡Usted no advierte hasta qué punto se muestra egoísta!
LYNGSTRAND. -¡Yo egoísta!¡Por Dios, no diga usted eso! Si usted me conociera un poco mejor, señorita Wangel... (Inclinándose hacia ella). Si considerara que tengo que marcharme y que no tardaré...

Librodot

BOLETA. (Mirándole con compasión).¡Vamos, no empiece a ponerse triste!

LYNGSTRAND. -En rigor, no es eso.

BOLETA. -Entonces, ¿en qué piensa usted?

LYNGSTRAND. -En mi marcha, que será dentro de un mes. Iré muy lejos, al Mediodía.

BOLETA. -¡Sí, ya sé!

LYNGSTRAND. - ¿Me concederá usted el honor de pensar de vez en cuando en mí?

BOLETA. -Sí; Con mucho gusto.

LYNGSTRAND. (Alborozado). -¡De veras! ¿Me lo promete usted?

BOLETA. -Se lo prometo.

LYNGSTRAND. - ¿Sincera y seriamente?

BOLETA. -Sincera y seriamente. (Transición). Pero, en fin, ¿a qué esa promesa? Eso nada significa.

LYNGSTRAND. - ¿Cómo puede usted decir tal cosa?¡Me proporcionará una alegría tan grande saber que hay aquí una persona que piensa en mí!

BOLETA. -Bien, ¿pero...?

LYNGSTRAND. -Sí, claro, no me atrevo a esperar más.

BOLETA. -Ni yo tampoco.¡Hay tantas cosas que se oponen! ... Todo me parece que se opone...

LYNGSTRAND. -¡Ah! Se necesitaría un milagro, uno de esos azares que... Porque, después de todo, creo ahora que me acompañará la suerte.

BOLETA. (Animada). -¡Sí! ¿Lo cree usted, verdad?

LYGSTRAND. -Estoy completamente seguro. Y, dentro de algunos años, cuando vuelva aquí, seré un escultor célebre, tendré gran posición y habré recobrado la salud.

BOLETA. -Sí, sí, de seguro; nosotros lo deseamos de todo corazón.

LYNGSTRAND. -Puede usted esperarlo sin temores, con sólo que piense fielmente en mí mientras esté en el Mediodía. Me lo ha prometido usted, ¿no es cierto?

BOLETA. -Sí. Le doy mi palabra. (Moviendo la cabeza). Aunque a nada conducirá probablemente.

LYNGSTRAND. -¡No diga eso! Me ayudará a trabajar.

BOLETA. - ¿Lo cree usted?

LYNGSTRAND. -Sí; me lo dice el corazón, y supongo que a usted también le será grato

saber que me ayuda en mis creaciones de artista.

BOLETA. (Mirándole). - ¿Y usted por su parte?

LYNGSTRAND. ¿Yo?

BOLETA. (Mirando hacía el jardín). -¡Silencio! Hablemos de otra cosa. Viene el profesor.

ESCENA II

Dichos, y ARNHOLM que se para a hablar con Ballested e Hilda.

LYNGSTRAND. - ¿Quiere usted mucho a su antiguo profesor?

BOLETA. - ¿Sí le quiero?

LYNGSTRAND. -Sí; si le profesa mucha amistad.

BOLETA. -¡Ya lo creo!¡Es tan buen amigo, tan buen consejero, tan servicial!...

LYNGSTRAND. - ¿Cómo se explica usted que no se haya casado?

BOLETA. - ¿Le extraña a usted?

LYNGSTRAND. -Sí, porque debe estar en buena posición.

BOLETA. -Así se asegura; pero probablemente no habrá encontrado una mujer que lo quiera.

LYNGSTRAND. - ¿Y por qué?

BOLETA. -Porque ha sido maestro de casi todas las jóvenes que conoce. El mismo lo dice.

LYNGSTRAND. -Y eso, ¿qué?

BOLETA. -¡Por Dios!¡Que ninguna joven se casa con su maestro!

LYNGSTRAND. - ¿De manera que usted cree que una joven pueda enamorarse de su maestro?

BOLETA.-No, a no ser que sea muy joven.

LYNGSTRAND. - ¿De veras?

BOLETA. (Haciendo una seña de inteligencia y aviso). -Basta, basta. (Ballested ha

recogido los útiles de la pintura y se los lleva, pasando por el jardín hacia la derecha. Hilda le ayuda.. Arnholm, atraviesa el mirador, y, entra en la sala).

ESCENA III

ARNHOLM, LYNGSTRAND y BOLETA

ARNHOLM. -¡Buenos días, Boleta!¡Buenos días, señor, señor...¡jem! (Mira y saluda a Lyngstrand con expresión de contrariedad. Este último hace una cortesía y se levanta).
BOLETA. -¡Buenos días, señor profesor!
ARNHOLM. - ¿Qué tal están ustedes?
BOLETA. -Muy bien. Gracias.
ARNHOLM. -Su mamá política ¿ha ido a bañarse hoy también?
BOLETA.. -No. Está en su habitación.
ARNHOLM. -No anda muy bien, ¿verdad?
BOLETA. -No sé. Se ha encerrado, en su gabinete.
ARNHOLM-¡Malo!
LYNGSTRAND. -Parece que a la señora de Wangel le impresionó mucho ayer la llegada del americano.
ARNHOLM. - ¿Usted qué sabe?
LYNGSTRAND. -Lo he visto paseándose por detrás del jardín.¡Y se lo dije a la señora de Wangel!
ARNHOLM. -¡Ah! Comprendo!
BOLETA. (A Arnholm). -Usted y papá, ¿estuvieron hablando anoche mucho, tiempo?
ARNHOLM. -Sí; hasta bastante tarde. Teníamos que tratar de asuntos muy serios.
BOLETA. - ¿Tuvo usted ocasión de hablar algo de mí y de lo que me interesa?
ARNHOLM. -No. Me fue imposible. Su padre de usted estaba preocupado.
BOLETA. (Suspirando). -¡Oh, sí! Siempre lo está.
ARNHOLM. (Mirándola con aire significativo). -Bueno: hablaremos del asunto, pero más

adelante. ¿Dónde está su padre de usted? ¿Ha salido quizá?
BOLETA. -No. Debe estar en su gabinete. Voy a buscarlo.
ARNHOLM. -Gracias. Prefiero ir yo.
BOLETA. (Inclinándose para escuchar). -Creo que baja papá. Sí, él es. Espere usted un momento. Probablemente habrá subido al aposento de mi madrastra.

ESCENA IV

Dichos, el doctor WANGEL por la puerta de la izquierda.

WARGEL. (Alargando la mano a Arnholm). - ¿Usted aquí ya, querido amigo?¡Cuánto le agradezco que haya venido tan temprano! Necesito hablar con usted.
BOLETA. (A Lyngstrand). - ¿Quiere bajar con migo al jardín? Iremos con Hilda.
LYNGSTRAND. -Con mucho gusto. (Lyngstrand y Boleta bajan al jardín y se dirigen hacia el fondo. Arnholm les sigue con la mirada).

ESCENA V

WANGEL y ARNHOLM

ARNHOLM. - ¿Conoce usted bien a ese joven?
WANGEL. -No, ni por asomo.
ARNHOLM. - ¿Y no le da a usted cuidado que esté paseándose siempre con sus hijas?
WANGEL. -No lo había advertido.
ARNEOLM. -Debería usted preocuparse de ello.
WANGEL. -Sí: tiene usted razón. Pero,¡Dios mío! ¿qué quiere que haga? Mis hijas no admiten observaciones mías ni de Ellida.
ARNHOLM. - ¿Tampoco de ella?

WANGEL. -No. Y, además, no puedo pedirle que cuide de mis hijas. No es de su incumbencia. (Variando de tono). Pero no era eso de lo que teníamos que hablar. Dígame, ¿ha reflexionado usted en lo que hablamos anoche?

ARNHOLM. -No he pensado en otra cosa desde que nos separamos.

WANGEL. - ¿Y qué opina que debe hacerse?

ARNHOLM. -Querido doctor, usted, como médico, debería saber mejor que yo...

WANGEL. -¡Ah!¡Si usted supiera lo difícil que es a un médico juzgar a un enfermo a quien quiere de veras! Además, no se trata de una enfermedad ordinaria. Ni un médico ordinario, ni remedios ordinarios pueden curarla.

ARNHOLM. - ¿Cómo se encuentra hoy la enferma?

WANGEL. -Hace un momento estaba tranquila; pero las alteraciones de su disposición de ánimo ocultan un misterio que me es imposible aclarar. Es tan variable, tan inconsecuente...

ARNHOLM. -Eso se debe quizá al estado morboso de su espíritu.

WANGEL. -A eso sólo no. Debe ser una cosa congénita. Ellida pertenece a una raza de marinos. Esta es la verdadera razón.

ARNHOLM. -Pero, doctor, ¿qué deduce usted de todo esto?

WANGEL. - ¿No ha observado usted que los que viven junto al mar libre forman como un pueblo especial? Es casi como si participaran de la vida misma del mar. Hay cierta ondulación, una especie de flujo y reflujo tanto en sus pensamientos como en sus sentimientos. Y, luego, esas personas no se aclimatan nunca en otra parte.¡Ah! Habría yo debido pensarlo oportunamente.¡Cometí una gran falta sacando a Ellida de su centro!

ARNHOLM. - ¿Ha llegado usted a pensar eso?

WANGEL. -Sí; pero debí meditarlo antes. Lo sabía sin querer confesármelo a, mí mismo.¡La amaba tanto,¡egoísta de mí!, que pensé, ante todo, en mi persona!

ARNHOLM. -¡Ya! En casos así, el hombre es algo egoísta; pero yo no he advertido que usted lo sea, querido doctor.

WANGEL. (Yendo y viniendo con desasosiego). -Sí, sí. Y continúo siendo un egoísta. Tengo más edad, mucha más edad que mi esposa, y hubiera debido ser para ella un padre y un guía, al mismo tiempo que debí hacer lo posible por desenvolver sus ideas, por ilustrarla. Desgraciadamente, nada he hecho. No he tenido bastante energía, ¿comprende usted? Yo la amaba tal y como era, y he dejado que su estado se agraváse, consumiéndome sin saber qué

Librodot

hacer. Por eso, en medio de mi desgracia, le he pedido a usted que viniera a vernos.
ARNHOLM. (Mirándole asombrado). - ¿Cómo? ¿Por eso es por lo que me ha escrito usted? WANGEL. -Sí; pero que no se trasluzca nada.
ARNHOLM. -¡Dios mío, querido doctor! Pues no acierto en qué pueda serle útil.
WANGEL. - ¿Qué quiere usted? Me engañé creí que Ellida le amó a usted en otro tiempo, que todavía le amaba algo y que quizá sería un bien para ella volver a verle y hablar de su país y del pasado.
ARNHOLM. - ¿ De modo que se refería usted a su esposa cuando me escribió que había aquí una persona que me esperaba y que quizá se alegraría de verme?
WANGEL. -¡Claro! ¿Quién quería usted que fuese?
ARNHOLM. (Con viveza). -Sí, sí, tiene usted razón. Es que como no había comprendido...
WANGEL. -No tiene nada de particular. Ya ve que yo también me he equivocado.
ARNHOLM. -¡Y dice usted que es egoísta!
WANGEL. -Sí; tenía que reparar una falta tan grande, que me consideraba obligado a poner en juego todos los recursos que pudieran aliviar algo la melancolía de Ellida.
ARNHOLM. - ¿Cómo explica usted el influjo que ejerce sobre ella ese extranjero?
WANGEL. -¡Hum!¡Es una cosa misteriosa, querido amigo!
ARNHOLM. - ¿Inexplicable?
WANGEL. -Sí. Al menos, por el pronto.
ARNHOLM. -Pero, ¿es que usted cree en esa influencia misteriosa?
WANGEL. -Sí y no. Lo ignoro, y, por lo mismo, no discuto.
ARNHOLM. -Bueno; pero, ¿y esa idea tan extraña y tan terrible respecto a los ojos del niño?
WANGEL. (Precipitadamente). -No doy el menor crédito a esa ocurrencia respecto a los ojos del niño. No puedo creer semejante cosa. Debe ser alucinación suya, y nada más.
ARNHOLM. - ¿Se fijó usted en los ojos del extranjero cuando lo vio ayer?
WANGEL. -¡Naturalmente!
ARNHOLM. - ¿Y no encontró ningún parecido?
WANGEL. (Con tono evasivo).- ¿Quién es capaz de decir? Cuando lo vi había poca, luz; además, Ellida me había hablado tantas veces de esa semejanza, que dudo si pude observar imparcialmente.

ARNHOLM. -Eso es cierto. ¿Pero y la otra cosa? ¿El miedo, la ansiedad que se apoderó de ella en la época precisa en que el extranjero se ponía en camino para volver?
WANGEL. -Todo es obra de la imaginación. Desde anteayer, Ellida no piensa, más que en ese hombre; pero ese estado no se ha manifestado de pronto, si-no después de haber oído decir al joven Lyngstrand que Johnston o Freman, como se llame, se embarcó hace tres años para volver aquí en el mes de marzo. Repito que ella cree firmemente que el desasosiego de su espíritu y sus angustias morales datan de aquella época.
ARNHOLM. - ¿Y no es así?
WANGEL. -De ningún modo. Estaba ya predispuesta hacía mucho; pero quiso la casualidad que sufriera un acceso violento precisamente en el mes de marzo, hace tres años.
ARNHOLM. –Pues ya ve usted cómo...
WANGEL. -Sí, pero eso lo explican las circunstancias especialísimas en que se encontraba. Su embarazo...
ARNHOLM. -Entonces,¡síntoma sobre síntoma!
WANGEL. (Apretando los puños). -¡Y no poder auxiliarla!¡No tener ningún medio, ninguna probabilidad de salvarla!
ARNHOLM. - Si usted cambiara de residencia, para que ella viviese en un medio que lo conviniera...
WANGEL. -¡Ay, amigo mío! ¿Cree usted que no se lo he dicho ya? Le he propuesto ir a establecernos en Skjoldviken; pero se opone.
ARNHOLM. - ¿Por qué?
WANGEL. -Cree que de nada serviría, y es muy probable que esté en lo cierto.
ARNHOLM. - ¿Le parece a usted?
WANGEL. -Sí. Y, además, bien pensado, ignoro cómo arreglármelas. No sé con qué derecho puedo irme a vivir allá, en aquel rincón aislado, dejando aquí a mis hijas. Tengo que vivir por fuerza donde haya alguna probabilidad de casarlas.
ARNHOLM. - ¿Casarlas? ¿Piensa usted en eso ya?
WANGEL. - ¿Qué remedio?¡Pero cuando miro, por otra parte, a mi pobre enferma, a mi pobre Ellida!...¡Ah, querido Arnholm, no sé ya qué hacer!¡Estoy entre la espada y la pared!
ARNHOLM. -Por Boleta, no tendrá usted que preocuparse mucho. (Transición). ¿Dónde está... dónde están las niñas?,

Librodot

WANGEL. (Dirigiéndose al Piano). -¡Ah!¡Por las tres haría yo cualquier sacrificio!...¡Si supiera siquiera cuál!

ESCENA VI

Dichos, ELLIDA por la puerta de la izquierda.

ELLIDA. (Precipitadamente a Wangel). - No salgas hoy por la mañana, te lo suplico.
WANGEL. -No, no; me quedaré contigo. (Señalando a Arnholm que se acerca). ¿Pero no das los buenos días a nuestro amigo?
ELLIDA. (Volviéndose). -¡Ah!¡Está usted aquí, amigo Arnholm! (Alargándole la mano).¡Buenos días!
ARNHOLM. -¡Buenos días, señora! ¿No ha ido usted hoy a bañarse?
ELLIDA. -No, no, no. Hoy no hay que pensar en eso. ¿No quiere usted sentarse un rato?
ARNHOLM. -¡Gracias, señora! Ahora no. (Mirando, hacia el mirador). He prometido a las niñas ir a1 jardín.
ELLIDA. -Será usted hombre de suerte si las encuentra. Yo jamás sé dónde están.
WANGEL. -¡Sí, sí! Estarán probablemente junto al estanque.
ARNHOLM. -En fin, yo las encontraré. (Saluda y baja al jardín).

ESCENA VII

WANGEL y ELLIDA

ELLIDA. -Wangel, ¿qué hora es?
WANGEL. (Mirando su reloj) .-Las once.
ELLIDA. -¡Las once! Y esta noche, entre once y doce, llega el vapor;¡cuánto desearía que hubiera pasado ya ese momento!

WANGEL. (Acercándose a ella). -Ellida, ¿me permites que te haga una pregunta?

ELLIDA. - ¿Cuál?

WANGEL. -Anteayer me dijiste que más de una vezhabías creído ver ante ti al extranjero, como si se te apareciera en cuerpo y alma.

ELLIDA. -Así es.

WANGEL. - ¿Y cómo lo veías?

ELLIDA. - ¿Que cómo lo veía?

WANGEL. -Quiero decir que cómo era cuando creías verlo. Descríbemelo.

ELLIDA. - ¿Para qué, Wangel, puesto que ya le has visto?

WANGEL. - ¿Se te aparecía tal como es hoy?

ELLIDA. -Sí, positivamente.

WANGEL. -Pues, entonces, ¿cómo no lo reconociste en seguida?

ELLIDA. (Asombrada).- ¿No lo reconocí inmediatamente?

WANGEL. -No. Y hasta dijiste después que en el último momento ignorabas quién era.

ELLIDA. (Asombrada). -¡Tienes razón! Es singular, ¿verdad, Wangel?, que no le reconociera al momento.

WANGEL. -Decías que sólo por los ojos...

ELLIDA. -¡Ah, sí!¡Los ojos!¡Aquellos ojos!

WANGEL. -Bien; pero el otro día me dijiste que se te aparecía siempre como era cuando os separasteis, hace diez años.

ELLIDA. - ¿Eso te dije?

WANGEL. -Sí.

ELLIDA. -Pues tenía el mismo aspecto que ahora.

WANGEL. -No. Anteayer, cuando volvíamos aquí, hiciste un retrato muy distinto. Decías que no tenía barba hace diez años. Iba vestido también de otro modo; llevaba un alfiler con una perla. Y el hombre de ayer no lo llevaba.

ELLIDA. -No, es verdad.

WANGEL. (Mirándola, atentamente). -Reflexiona un poco, Ellida. ¿No puedes acordarte de su rostro, cuando te encontrabas con él en Brathammaren?

ELLIDA. (Cerrando un momento los ojos).Claramente, no. Hoy me es imposible.¡Qué extraño!

Librodot

WANGEL. -¡No tan extraño! Tienes ante ti una nueva visión de la realidad, que vela la antigua. Por eso, ya no se te aparece.

ELLIDA. - ¿Crees eso, Wangel?

WANGEL. -Sí. La realidad proyecta su sombra sobre tus desvaríos de enferma, y es un bien que haya venido.

ELLIDA. - ¿Un bien? ¿Crees que es un bien?

WANGEL. -Sí. Es un bien que haya venido ese hombre, que se haya presentado. Eso puede curarte.

ELLIDA. (Sentándose en el sofá). -Wangel, ven a sentarte a mi lado. Necesito explicarte todos mis pensamientos.

WANGEL. -Como quieras, Ellida. (Se sienta en una silla al otro lado de la mesa).

ELLIDA. -A decir verdad, es una desgracia para los dos que nos hayamos casado.

WANGEL. (Con asombro). - ¿Que dices?

ELLIDA. -Lo que oyes. Es una desgracia, porque de matrimonio semejante, y contraído en tales condiciones, no podía resultar nada bueno.

WANGEL. - ¿Qué quieres decir? ¿Qué tienes que reconvenirme?

ELLIDA. -Oye, Wangel: es inútil ocultar la verdad por más tiempo, tratando de engañarnos mutuamente.

WANGEL. - ¿Qué dices? ¿Engañarnos?

ELLMA. -Sí: nos engañamos; o, por lo menos, nos ocultamos la verdad. Porque la verdad, la verdad lisa y llana, es que tú fuiste a mi casa a comprarme.

WANGEM. - ¿A comprarte? ¿Te atreves de veras...?

ELLIDA. -¡Oh! Yo no fui mejor ni más digna que tú. Acepté el trato, y me vendí.

WANGEL (Mirándola con dolor). -Ellida, ¿es posible que hables de ese modo?

ELLIDA. - ¿Puedo hablar de otra manera de nuestro matrimonio? Tú no podías soportar ya la soledad, y buscaste otra nueva esposa...

WANGEL. -Y otra madre para mis hijas.

ELLIDA. -Es posible; pero eso era secundario. Además, tú ignorabas en absoluto si yo era capaz de cumplir esa misión, porque apenas me habías dirigido la palabra.. En fin, me deseabas.

WANGEL. -Da a mi amor el nombre que quieras.

ELLIDA. -Y yo, por mi parte, carecía de voluntad, y estaba sola, abandonada. Llegaste tú; me propusiste participar de tu suerte y acepté.

WANGEL. -Cierto. Te pregunté francamente si estabas dispuesta a participar conmigo y con las niñas, de mi modesta fortuna.

ELLIDA. -Es verdad.¡Pero yo no debí aceptar!¡Nunca, a ningún precio!¡No hubiera, debido venderme! Antes trabajar como una negra, conservando mi independencia y mi albedrío.

WANGEL. (Levantándose). - ¿De manera, que los cinco o seis años que hemos vivido juntos no te han proporcionado ninguna satisfacción?

ELLIDA. -¡Oh!¡No pienses eso, Wangel! Se me ha atendido admirablemente; pero yo no entré por mi plena voluntad aquí, y ésta es la causa de mi desdicha.

WANGEL. (Mirándola). - ¿No viniste voluntariamente?

ELLIDA. -No: no vine voluntariamente contigo.

WANGEL. -¡Ah, ya recuerdo! Esa es la palabra que empleó ayer el extranjero.

ELLIDA. -Esa palabra lo resume todo, lo explica todo. Ahora comprendo muchas cosas.

WANGEL. - ¿Qué comprendes?

ELLIDA. -Comprendo que la vida que hacemos no es realmente vida conyugal.

WANGEL. (Con amargura). -¡Ay, eso es bien cierto! Nuestra vida no es la de dos esposos.

ELLIDA. –Nunca lo ha sido. Ni aun en los comienzos. (Mirando fijamente hacia adelante). ¡El primer matrimonio habría podido ser la unión verdadera y perfecta!

WANGEL. - ¿El primer matrimonio? ¿De qué primer matrimonio hablas?

ELLIDA. -De mi matrimonio con él.

WANGEL. (Mirándola, asombrado). –No te comprendo.

ELLIDA. -¡Ah, querido Wangel! No mintamos. Es indigno de nosotros.

WANGEL. -Bien; prosigue.

ELLIDA. -Debes reconocer que una promesa voluntaria es un lazo más fuerte que el matrimonio.

WANGEL. -¡Pero, Dios mío!

ELLIDA. (Levantándose muy agitada).-¡Permíteme que te abandone, Wangel!

WANGEL. -¡Ellida, Ellida!

ELLIDA. -Sí, si. Tienes que permitírmelo. Créeme: dada la manera de que nos hemos casado, esto debe concluir así.

WANGEL. (Con dolorosa resignación). -¡Pensar que habíamos de llegar a esto!

ELLIDA. -Era inevitable.

WANGEL. (Mirándola tristemente). - ¿De manera que no he sabido conquistarte durante los dos años de matrimonio? -¡Jamás te he poseído por completo!

ELLIDA. -¡Ah, Wangel!¡Si pudiese amarte tanto como quisiera, tanto como mereces! Pero no será posible nunca.

WANGEL. - ¿Entonces el divorcio? Es un divorcio formal y en regla lo que deseas?

ELLIDA. -Amigo mío, no me comprendes. Yo no concedo ninguna importancia a la forma. Lo que deseo es que nos entendamos para separarnos uno de otro voluntariamente.

WANGEL. (Moviendo la cabeza lentamente en señal de aprobación). -Rescindir el trato, sí.

ELLIDA. -Justo:¡rescindir el trato!

WAINGEL. - ¿Y luego, Ellida? ¿Has pensado en lo que va a ser de nuestra vida en el porvenir que nos espera?

ELLIDA. -¡Sea lo que quiera!, Lo que te suplico, lo que te ruego, Wangel, y es lo que importa, es que me dejes marchar. Devuélveme la libertad.

WANGEL. -Ellida, es una petición horrible la que me haces. Déjame tiempo, al menos, para reflexionar. Es menester que hablemos más despacio.¡Y tú también necesitas reflexionar en lo que quieres hacer!

ELLIDA. -¡No, no hay tiempo que perder!¡Necesito ser libre hoy mismo!

WANGEL. - ¿Por qué?

ELLIDA. -Porque viene esta noche.

WANGEL. (Retrocediendo). -¡Cómo!¡El! ¿Y qué tiene que ver ese extraño en todo esto?

ELLIDA. -Quiero presentarme ante él siendo completamente libre.

WANGEL. - ¿Y qué conseguirás con eso?

ELLIDA. -No quiero pretextar que soy esposa de otro hombre, y responderle que no tengo derecho a elegir mi destino, porque así no necesitaré ya tomar una decisión,

WANGEL. -¡Hablas de elegir!¡Elegir, Ellida! Elegir entre...

ELLIDA. -Es preciso que pueda elegir. Elegir entre estas dos alternativas: o dejarle ir solo o seguirlo.

WANGEL. - ¿Sabes bien lo que dices? ¿Seguirlo? ¿poner tu suerte en manos de ese hombre?

ELLIDA. - ¿ No la he puesto en las tuyas?¡Y con la mayor sencillez !

WANGEL. -Sí; pero¡él!¡él!¡un extraño!¡un hombre a quien conoces tan poco!

ELLIDA. -¡Ah!¡Menos te conocía a ti!

WANGEL. -¡Entonces, al menos, sabías aproximadamente la vida que te esperaba!¡Mientras que ahora!¡piénsalo bien! ¿Qué sabes tú? Nada. Ignoras quién es, que hace.

ELLIDA. (Mirando con fijeza hacia adelante). -Es verdad. Eso es precisamente lo horrible.

WANGEL. –Sí; es horrible.

ELLIDA. -Por eso también me siento impelida a ello por una invencible fatalidad.

WANGEL. - ¿No te parece una cosa horrible?

ELLIDA. -Sí; horrible.

WANGEL. (Aproximándose). -¡Oye, Ellida! ¿qué significa para ti la palabra “horrible”?

ELLIDA. (Reflexionando). -Horrible es lo que espanta y atrae al mismo tiempo.

WANGEL. - ¿ Que atrae?

ELLIDA. -Sí: que atrae...¡sí!..

WANGEL. (Lentamente). -¡Eres de la raza. del Océano!

ELLIDA. -Lo horrible se parece también al Océano.

WANGEL. -Y a ti también se te podría aplicar la palabra, porque espantas y atraes al mismo tiempo.

ELLIDA. - ¿Crees eso, Wangel?

WANGEL. -¡Lo que creo es que nunca te conocí bien.¡Nunca! Ahora empiezo a comprenderlo.

ELLIDA. -Por eso mismo debes devolverme la libertad, relevarme de toda obligación hacia ti y los tuyos. No soy la mujer con quien creíste casarte. Puesto que lo reconoces, podemos separarnos sin violencia ninguna, voluntariamente.

WANGEL. (Con tristeza). -Quizá sería lo mejor para ambos; pero, no puedo resignarme, Ellida, porque tú representas también para mí ese poder misterioso que llamas «lo horrible», y que me atrae más que me espanta.

ELLIDA. - ¿Crees tú?

WANGEL. -¡Vamos! Pasemos este día en el mayor recogimiento. Tengamos calma. No me atrevo a devolverte hoy la libertad; por ti misma, no debo hacerlo. Tengo obligación de protegerte, y la cumpliré.

ELLIDA. - ¿Protegerme? ¿Protegerme contra qué, si no me amenaza ninguna violencia? La fuerza misteriosa, a que yo llamo «lo horrible», no está fuera de mí, sino en mí misma.

WANGEL. -Puedo ayudarte, puedo animarte a luchar contra ella.

ELLIDA. -Sí, si yo quisiera luchar.

WANGEL. - ¿Entonces, no quieres?

ELLIDA. -¡Ah! Es precisamente lo que ignoro.

WANGEL. -Ellida, esta noche quedará todo decidido.

ELLIDA. (Con vehemencia,). -Sí, piénsalo: se aproxima la hora decisiva, irrevocable.

WANGEL.- ¿Y mañana?

ELLIDA. -¡Mañana!¡Mañana quizá habrá perdido mí porvenir, mi verdadero porvenir!

WANGEL. -¡Tu verdadero porvenir!

ELLIDA. -¡Sí! Habré perdido toda una vida de libertad!¡Y acaso él también !

WANGEL. (Más bajo, agarrándole una muñeca). -Ellida, ¿amas a ese extranjero?

ELLIDA. -Si le... ¿Lo sé yo por ventura? Sólo sé que es para mí el misterio, lo horrible, y que...

WANGEL. - ¿ Y qué?

ELLIDA. (Desprendiéndose violentamente). –Y que a él es a quien pertenezco.

WANGEL. (Bajando la cabeza). -Empiezo a comprenderte, Ellida.

ELLIDA. - ¿Qué decides, pues? ¿Qué consejo me das?

WANGEL. (Mirándola tristemente). - Mañana habrá partido; mañana se habrá conjurado la desgracia que te amenaza; y, entonces, Ellida, te devolveré la libertad, rescindiré el contrato.

ELLIDA. -¡Ah, Wangel!¡Mañana será demasiado tarde!

WANGEL. (Mirando hacia el jardín). -¡Las niñas!¡Ahí vienen las niñas!¡Callemos!

ESCENA VIII

Dichos, ARNHOLM, BOLETA, HILDA y LYNGSTRAND por el jardín. Lyngstrand saluda y váse por la izquierda. Los demás entran en la sala.

ARNHOLM. -Sepan ustedes que tenemos grandes proyectos.
HILDA. -Esta tarde pensamos ir al lago, y...
BOLETA. -¡Calla!
WANGEL. –También nosotros dos tenemos proyectos.
ARNHOLM. -¡Ah! ¿Sí?
WANGEL. -Ellida se va a Skjoldviken... por algún tiempo.
BOLETA. - ¿Se va?
ARNHOLM. -Bien pensado, señora.
WANGEL. -Ellida desea volver a su país a la orilla del mar.
HILDA. (Corriendo hacia Ellida). -¡Te marchas! ¿Vas a dejarnos?
ELLIDA. (Asustada). -¡Pero, Hilda! ¿Qué tienes?
HILDA. (Reponiéndose).-¡No! Nada, absolutamente nada. (Aparte, desviándose de ella).¡Por mí, puedes irte!
BOLETA. (Asustada). -Papá, te conozco en la cara que tú también te vas a Skjoldviken!
WANGEL. -No, de veras, no. Quizá vaya allí alguna que otra vez.
BOLETA. - ¿Y nosotras? ¿Y esta casa?
WANGEL. -Yo vendré aquí también.
BOLETA. -¡Alguna que otra vez!
WANGEL. -Hija, es necesario. (Se aleja hacia el foro).
ARNHOLM. (Aparte). - Hablaremos después, Boleta. (Se acerca a Wangel. Permanecen a la puerta hablando en voz baja) .
ELLIDA. (Aparte a Boleta). -Pero, ¿qué tenía Hilda?
Parecía alterada.
BOLETA. - ¿No has sospechado nunca lo que Hilda desea tan vivamente y espera de día, en día?
ELLIDIA. - ¿Lo que espera?
BOLETA. -Sí; desde el día en que viniste.

Librodot

ELLIDA. -No, no. ¿Qué es ello?
BOLETA. -¡Una palabra tuya de cariño, una sola!
ELLIDA. -¡Ah!... ¿Habría acaso una misión que cumplir aquí? (Junta las manos por encima de su cabeza y mira inmóvil hacia adelante como absorta en sus pensamientos. Wangel y Arnholm se adelantan cuchicheando. Boleta mira al cuarto de la derecha, y después abre la puerta).
BOLETA. -Papá, el almuerzo espera, si tú...
WANGEL. (Con calma forzada). -¡Gracias, hija!
Perfectamente. Señor profesor, haga el favor de pasar. Vamos a sentarnos a la mesa
y a apurar nuestros vasos en señal de despedida
con... con la dama del mar. (Todos se dirigen hacia la puerta de la derecha).

TELÓN

ACTO QUINTO

Jardín, en un extremo del cual hay un estanque. Declina el día, y el cielo se obscurece poco a poco.

ESCENA PRIMERA

ARNHOLM, BOLETA, LYNGSTRAND e HILDA se adelantan por la izquierda del estanque, en una canoa, siguiendo la orilla. Después BALLESTED.

HILDA. -¡Miren ustedes!¡Aquí podernos saltar a tierra fácilmente!

ARNHOLM. -¡No, no, no hagan ustedes eso!
LYNGSTRAND. -Yo no puedo saltar, señorita.
HILDA. - ¿Y usted, Arnholm, tampoco puede?
ARNHOLM. -Prefiero no intentarlo.
BOLETA. - Entonces, abordemos a la escalera de los baños, hacia la caseta. (Avanzan. La canoa desaparece por la derecha. Al mismo tiempo aparece Ballested por el sendero de la derecha, cargado de libros y con un cuerno de caza. Habla con los que van en la canoa, "cuyas respuestas se oyen dentro, más lejanas cada vez).
BALLETED. - ¿Qué dicen ustedes? De seguro, es por el vapor inglés, porque es la última vez que se detiene aquí este año; pero, si quieren aprovechar la música, no se retrasen. (Gritando). ¿Qué? (Moviendo la cabeza).¡No oigo lo que dicen!

ESCENA II

BALLESTED, WANGEL y ELLIDA con chal a la cabeza.

WANGEL. -Pero, querida Ellida, te aseguro que hay mucho tiempo todavía.
ELLIDA. -¡No, no! Puede venir de un momento a otro.
BALLESTED. (Al otro lado del seto del jardín). -¡Eh! ¡Buenas tardes, señor doctor!¡Buenas tardes, señora!
WANGEL. -¡Ah!¡Está usted ahí! ¿También va a haber música esta noche?
BALLESTED. -Sí; la sociedad de bocineros ha organizado un concierto. Fiestas no faltan por ahora. Esta noche será en honor del inglés.
ELLIDA. - ¿El inglés?¡Qué! ¿Está ya a la vista?
BALLESTED. -Todavía no; pero corno viene de allá abajo, por entre las islas, no se le verá, hasta que esté muy cerca.
ELLIDA. -Sí, de ese modo llegará.¡De repente!
WANGEL. (Volviéndose un poco hacia Ellida). –Esta noche es su último viaje, y no volverá más.

Librodot

BALLESTED. -Es una cosa triste, doctor.¡Y por eso hemos de hacer algo que le halague.¡Ay! pronto pasarán los alegres días del verano y se cerrarán los lagos, como dicen en las tragedias.
ELLIIDA. -En efecto: estarán cerrados todos los lagos.
BALLESTED. -¡Qué tristeza! Durante semanas y meses hemos sido los hijos alegres del verano, y ahora será necesario acostumbrarse al tiempo sombrío. Por lo pronto, al menos, porque es indudable que uno puede acostumbrarse a todo, acla... aclami... aclimatarse, señora. (Saluda y váse por la izquierda).

ESCENA III

WANGEL y ELLIDA

ELLIDA. (Mirando al lago). -¡Oh!¡Qué violento es este enervamiento de la expectación, esta impaciencia antes del momento decisivo!
WANGEL. - ¿De modo que es cosa decidida? ¿Quieres hablarle?
ELLIDA. - Es preciso. Necesito elegir libremente.
WANGEL. -No te lo permitiré.
ELLIDA. - No puedes impedirme que elija. Ni tú ni nadie. Puedes prohibirme marcharme con él, seguirlo; puedes retenerme aquí a la fuerza, pero no puedes impedir que elija en el fondo de mi alma, que lo prefiera a ti, si tal es mi deseo, si tal es mi deber.
WANGEL. - Tienes razón: no puedo impedírtelo.
ELLIDA. -¡Ni yo tengo medio alguno de resistir!
Aquí nada me atrae, nada me retiene, porque no tengo raíces en esta casa, Wangel. Tanto si me voy con él esta noche como si salgo mañana para Skjoldviken, no tendré que entregar una llave, ni dar una orden. Ni un solo lazo me sujeta a esta casa en la que siempre fui una extraña.
WANGEL. -Tú lo quisiste.

ELLIDA. -No. Ni lo deseé, ni lo temí. Me limité a dejar las cosas como estaban. Tú, tú solo fuiste quien lo quiso así.
WANGEL. -Haciéndolo así, creí complacerte.
ELLIDA.- Sí, ya lo sé, Wangel; pero por lo mismo, no encuentro ya en esta casa atractivo, ni fuerza, ni apoyo: nada que me atraiga hacia todo lo que hubiera debido ser nuestra felicidad común, nuestra vida íntima y sagrada.
WANGEL. -Lo comprendo, Ellida, y quedarás en libertad, a partir de mañana, para que en adelante arregles tu vida... sí,¡tu vida!, como mejor te acomode.
ELLIDA. - ¿Y a eso llamas mi vida? ¿Mi verdadera vida? No, no: erré el camino al casarme contigo. (Se retuerce las manos con angustia). Y ahora, esta noche, dentro de media hora, vendrá el hombre a quien abandoné y a quien hubiera debido permanecer fiel tan inquebrantablemente como él a mí. Va a venir a proponerme por última vez que empiece nueva-mente mi vida, que vuelva a crearme una vida verdadera, la vida que me espanta y me atrae al mismo tiempo, y a la que no puedo, ni quiero renunciar.
WANGEL. -Por eso precisamente es menester que tu esposo, que es también tu médico, suprima tu voluntad, y obre por ti.
ELLIDA. -Sí, Wangel. Lo comprendo perfecta-mente. Hay momentos en que creo que puedo encontrar 1a paz y la salud aproximándome a ti para desafiar todos los poderes que me atraen y me espantan; pero no puedo.
WANGEL. -Ven, Ellida. Entremos un instante.
ELLIDA. -No me atrevo. Me dijo que lo esperase aquí.
WANGEL. -Ven, ven. Tienes tiempo sobrado.
ELLIDA. - ¿Estás bien seguro? WANGEL. -Segurísimo.
ELLIDA. - Entonces vamos a pasear un rato. (Van-se por la derecha).

ESCENA IV

ARNHOLM y BOLETA, por las orillas del estanque.

BOLETA. (Viendo alejarse a Wangel y Ellida).-¡Mire usted!

ARNHOLM. (A media voz). -¡Silencio! Dejelos ir.

BOLETA. - ¿Puede usted comprender lo que les pasa estos últimos días?

ARNHOLM. - ¿Usted ha observado algo?

BOLETA. -Sí.

ARNHOLM. - ¿Algo extraordinario?

BOLETA. -Más que algo: una infinidad de cosas extraordinarias. ¿Y usted?

ARNHOLM. -¡Oh! Yo lo sé a punto fijo.

BOLETA. -Sí, sí; sólo que no quiere usted decirlo.

ARNHOLM. -Creo que ese viaje le conviene a su madre política.

BOLETA. - ¿Usted cree eso?

ARNHOLM. -Sí. Y creo que a todo el mundo le conviene que se le haga viajar de vez en cuando.

BOLETA. -Si se va mañana, a Skjoldviken, seguramente no vuelve más aquí.

ARNHOLM. -Pero, Boleta, ¿como supone semejante cosa?

BOLETA. - Estoy absolutamente convencida.¡Ya verá cómo no vuelve! Por lo menos, mientras estemos aquí Hilda y yo.

ARNHOLM. - ¿Hilda también?

BOLETA. -Con Hilda quizá podría avenirse, porqueapenas es más que una niña, y creo que en el fondo adora a Ellida.¡Pero conmigo es diferente!¡Ya ve usted! Una madrastra que es casi de mi edad.

ARNHOLM. -Querida Boleta, quizá usted podría marcharse de aquí dentro de poco.

BOLETA. (Con viveza). - ¿Cómo? ¿Ha hablado usted con papá?

ARNHOLM. -Sí.

BOLETA. - ¿Y qué ha dicho?

ARNHOLM. -¡Nada!¡Su padre está preocupado estos días por cosas muy diferentes!

BOLETA. -Sí, sí. Ya se lo dije a usted hace un momento.

ARNHOLM. -He creído comprender que no debía usted contar con él para nada..

BOLETA. (Muy sorprendida). -¡Cómo!

ARNHOLM. -Me ha explicado claramente su situación, y afirma que le sería absolutamente imposible.. .

BOLETA. (En tono de reconvención). - ¿Sabía usted eso, y ha tenido el valor de engañarme?

ARNHOLM. – No diga que la he engañado. De usted sólo depende el salir de aquí.

BOLETA. - ¿Qué es lo que depende de mí?

ARNHOLM. -El marchar, para conocer el mundo y aprender cuanto desea, para ver cuanto quiere ver, para llevar, en fin, una vida más distraída que esta.

¡Veamos! ¿Qué dice usted?

BOLETA. (Juntando las manos). -¡Ah, gran Dios, es completamente imposible! Puesto que papá no puede ni quiere... y yo no tengo a nadie más a quien dirigirme en el mundo.

ARNHOLM. - ¿No aceptaría usted la ayuda de su antiguo... profesor?

BOLETA. - ¿De usted, amigo Arnholm? ¿Usted estaría dispuesto a...

ARNHOLM. - ¿A ayudar a usted? Sí, con mucho

gusto, y con todas mis fuerzas. Se lo juro. ¿Conque, decidido? ¿Acepta usted?

BOLETA. -¡Si acepto!¡Poder irme, ver el mundo, aprender, saber! Si ése es mi sueño, el sueño que me parecía irrealizable.

ARNHOLM. -Ahora puede realizarlo con sólo querer.

BOLETA. - ¿Y usted me ayudará a alcanzar esa felicidad inmensa? Pero dígame, ¿puedo aceptar semejante sacrificio de una persona extraña?

ARNHOLM. -De mí puede usted aceptarlo todo, Boleta..

BOLETA. (Estrechándole las manos). - Ciertamente: a mí me parece también que puedo. No sé por qué. ¡Ah!¡Querría reír y al mismo tiempo llorar de alegría! ¿De modo que voy a empezar a vivir de veras?

ARNHOLM. -Desde ahora, no pase usted cuidados; pero ha de confesarme francamente si hay algo que la retenga aquí.

BOLETA. -No...¡nada!

ARNHOLM. - ¿Nada?

BOLETA. –Nada, a no ser mi padre, el único que me retiene aún, y también Hilda, pero...

ARNHOLM. -En fin, tarde o temprano tendrá usted que abandonar a su padre. Hilda se irá también porsu lado. Es cuestión de tiempo. De manera que, aparte de su padre, ¿no hay absolutamente nada que la sujete a usted aquí, Boleta?

BOLETA. -¡No!¡nada! Puedo irme al fin del mundo.

ARNHOLM. -Entonces, mi querida Boleta va usted a venir conmigo.

BOLETA. (Palmoteando). -¡Oh, Dios mío!¡Qué felicidad!

ARNHOLM. -Supongo que tendrá usted absoluta confianza en mí.

BOLETA. -¡Oh, sí!¡Ya lo creo!

ARNHOLM. -Y que no tendrá inconveniente en confiarse a mí, ¿verdad?

BOLETA. -Sí. ¿Por qué no? Usted que fue mi maestro, mi profesor...

ARNHOLM. -Perdone; pero no concedo gran importancia a esa... dignidad. Mi pensamiento es otro. ¡Usted es libre, Boleta, absolutamente libre! Y yo le pregunto si quiere usted unirse a mí por toda la vida.

BOLETA. (Retrocediendo asustada). -¡Ah! ¿Qué es lo que dice?

ARNHOLM. -¡Por la vida, Boleta! ¿Quiere usted ser mi esposa?

BOLETA. (Bajo, y como hablando consigo misma). -¡No, no, no! Es imposible, completamente imposible.

ARNHOLM. - ¿Le sería a usted imposible el...?

BOLETA. -Por Dios, lo que usted acaba de decirme, ¿es serio? (Mirándole). ¿Era eso en lo que usted pensaba hace poco, al ofrecerme hacer tanto en obsequio mío?

ARNHOLM. - Tengamos calma, Boleta. Parece que la he sorprendido a usted mucho.

BOLETA. - ¿Cómo no ha de sorprenderme semejante proposición, viniendo de usted?

ARNHOLM. -Es cierto. Usted no sabía., usted no podía saber que había venido aquí a causa de usted, por usted.

BOLETA. - ¿Usted ha venido... por mí?

ARNHOLM. -Sí, Boleta. Hace algunos meses recibí una carta de su padre que me hizo creer...¡nada! que usted profesaba a su antiguo profesor algo...¡hem!, algo más que amistad.

BOLLETA. - ¿Y Cómo ha podido papá escribirle semejante cosa?

ARNHOLM. -Es que no me ha escrito semejante cosa. Pero yo me forjé la ilusión de que una joven me esperaba aquí y deseaba volver a verme.¡No me interrumpa usted, Boleta! Compréndalo; al que ha pasado, como yo, de la primera juventud, una ilusión así le impresiona profundamente, y me apresuré a venir a ver a usted para decirle... lo que acaba usted de oír.

BOLETA. - ¿ Pero ahora que sabe que no hay nada de eso, que se ha engañado....?

ARNHOLM. -Será lo mismo, Boleta. La imagen de usted, tal como la llevo en mi corazón,

permanecerá iluminada siempre, a pesar de todo, a pesar de mi desengaño. Quizá usted no comprenda este sentimiento, pero no por eso deja de existir.

BOLETA. -¡Jamás hubiera sospechado semejante cosa!

ARNHOLM. -Pero, puesto que es así, ¿qué hará usted, Boleta? ¿Se niega a... ser mi esposa?

BOLETA. -Me parece imposible.¡Usted ha sido mi profesor y no puedo figurarme que sea para mí otra cosa.

ARNHOLM. - ¿Lo cree así? En fin, me resignaré; pero nuestras relaciones serán las mismas que antes.

BOLETA. - ¿Quiere usted decir?

ARNROLM. -Que, naturalmente, mantengo mi ofrecimiento. Me encargaré de dirigir a usted al través del mundo para dárselo a conocer, y haré que viva usted libre y plácidamente, y que quede asegurado su porvenir de usted. Siempre tendrá en mí un buen amigo, un amigo fiel y sincero. Puede usted estar segura.

BOLETA. -Por Dios, amigo Arnholm, ahora todo eso es imposible.

ARNHOLM. -¡Qué! ¿También es eso imposible?

BOLETA. -Sí. Después de lo que acaba de decirme, y después de la respuesta que le he dado, comprenderá que me es imposible aceptar nada de usted. ¡No!¡Nunca! Después de lo que acaba de pasar entre nosotros...

ARNHOLM. - ¿Preferirá usted entonces quedarse aquí?

BOLETA. -¡Qué doloroso es ese pensamiento!

ARNHOLM. - ¿Quiere usted renunciar a ver el mundo? ¿Renunciar a formar parte del universo con que soñaba, por el que usted suspiraba?¡Son sus palabras!¡Piénselo!¡Saber que existen tantas cosas y que no se han de ver nunca!¡Piénselo bien, Boleta!

BOLETA. -Sí, sí. Tiene usted razón.

ARNHOLM. -Y luego, cuando falte su padre, se encontrará usted sin apoyo, completamente sola en el mundo, o se verá obligada a casarse con otro hombre, a quién quizá tampoco ame.

BOLETA. -¡Oh, sí tiene usted razón!¡Y sin embargo! En fin, ¿quién sabe?

ARNHOLM. (Con viveza) . - ¿Y bien?

BOLETA. -Quizá no sea completamente imposible.

ARNHOLM. - ¿El qué, Boleta?

BOLETA. - El... aceptar... la... la proposición
que usted me ha hecho.

ARNHOLM. - ¿Estaría usted acaso dispuesta, a pesar de todo, a...? Veamos, Boleta, ¿quiere usted concederme de todas maneras el placer de ayudarla
como amigo fiel?

BOLETA. -¡No, no, no!¡Eso jamás!¡Imposible! No. Vale más que sea su...

ARNHOLM. -¡Boleta! ¿De veras?

BOLETA. -Sí. Creo... que ésa es mi voluntad.

ARNHOLM. - ¿Consiente usted en ser mi esposa?

BOLETA. -Sí, si cree usted aún... que debe elegirme.

ARNHOLM. –Si creo!... (Estrecha una mano de Boleta) .-¡Oh, gracias, gracias, Boleta! Todo lo que ha dicho usted, su indecisión de hace un momento, no me arredra; y si es que no poseo todavía su corazón, sabré ganármelo.¡Ah, Boleta,!¡La sostendré a usted, seré su apoyo!

BOLETA. -¡Pero me permitirá! usted viajar y conocer la vida! Me lo ha prometido.

ARNROLM. -Cumpliré mi palabra.

BOLETA. -Me permitirá aprender cuanto quiera.

ARNHOLM. -Seré su profesor como antiguamente, Boleta..

BOLETA. (Con dulzura, y arrobamiento). -¡De modo que voy a ser libre!¡Podré ir a otros países!¡Y sin preocupación por el porvenir!¡Sin preocupaciones de ningún género!

ARNHOLM. -No, no necesitará usted pensar siquiera en semejante cosa. ¿Verdad, Boleta, que esa es una satisfacción?

BOLETA. -Sí.

ARNHOLM. (Abrazándola por la cintura). -¡Ah!¡Ya verá cómo viviremos tranquilamente!

BOLETA. -Sí; empiezo a creer que será posible. (Mirando a la derecha y desasiéndose rápidamente).¡Oh, por favor, como si no hubiera pasado nada!

ARNHOLM. -Pues, ¿qué hay?

BOLETA. -Ese infeliz. (Señalando con el dedo). Allí, mire.

ARNHOLM. - ¿Su padre?

BOLETA. -No. El joven. Se pasea con Hilda.

ARNHOLM. -¡Ah! Lyngstrand. ¿Y qué?

BOLETA. -Sabe usted lo débil y enfermo que está.

ARNHOLM. -¡Puede que no sea más que una ilusión!

BOLETA. -¡Ay! Desgraciadamente es cierto. No vivirá mucho. Quizá sea mejor para él.

ARNHOLM. - ¿ Por qué?

BOLETA. -Porque... porque probablemente jamás será buen artista. Vámonos antes que lleguen.

ARNHOLM. -Con mil amores, Boleta.

ESCENA V

HILDA y LYNGSTRAND, por las orillas del estanque.

HILDA. -¡Eh, eh! ¿Es que sus señorías no quieren esperarnos?

ARNHOLM. (Dentro). -Boleta y yo preferimos ir delante.

LYNGSTRAND. (Sonriendo dulcemente). -¡Pues señor, no andamos aquí poco entretenidos en este momento! Todo el mundo se pasea por parejas.

HILDA. (Mirando en la dirección que han seguido Arnholm y Boleta). -Juraría que le está haciendo el amor.

LYNGSTRAND. - ¿Sí? ¿Ha observado usted algo?

HILDA. -Claro. No es difícil, a menos de que los ojos sólo sirvan de adorno.

LYNGSTRAND. -Su hermana lo rechazará. Estoy convencido.

HILDA. -Y yo también. Le parece que ha envejecido de una manera terrible, y además teme que se quede calvo de un momento a otro.

LYNGSTRAND. -Y no es sólo por eso.¡En fin! Que no lo aceptará.

HILDA. - ¿Cómo lo sabe usted?

LYNGSTRAND. -Porque hay otra persona en quien ha prometido pensar.

HILDA. - ¿Pensar nada más?

LYNGSTRAND. -¡Sí! Mientras permanezca ausente.

HILDA. -¡Ah! Es usted por lo visto en quien tiene que pensar.

LYNGSTRAND. -Es posible,

HILDA. - ¿Se lo ha prometido a usted?

LYNGSTRAND. -Sí: me lo ha prometido; pero no dé usted a entender que lo sabe.

HILDA. -¡Oh! Dios me libre. Soy muda como la tumba.

LYNGSTRAND. -Yo agradezco mucho que haya tenido la bondad de hacerme esa promesa...

HILDA. - ¿Y piensa usted casarse con ella al volver?

LYNGSTRAND. -No. No me atrevo a pensar en eso por ahora. Si transcurre mucho tiempo, quizá me parezca de demasiada edad para mí.

HILDA. -Pero, ¿quiere usted, sin embargo, que piense en usted?

LYNGSTRAND. -Sí, porque será útil para mi arte, y ella, cuya vida no tiene aún verdadero objeto, puede ayudarme fácilmente.¡Pero no por eso le estoy me-nos agradecido!

HILDA. - ¿Cree usted poder trabajar en su obra con más ánimos cuando sepa que Boleta piensa en usted de lejos?

LYNGSTRAND. -¡Sin la menor duda!¡Considere usted! Saber que en el mundo existe una mujer joven, delicada y silenciosa, que piensa en mí... Me parece que debe ser tan... tan... ¿qué palabra emplearé?

HILDA. -¡Inspiración! Eso debe inspirarle, estimularle a usted.

LYNGSTRAND. -Sí, eso. Tiene usted mucho ta-lento, señorita. Cuando yo vuelva, usted tendrá aproximadamente la edad que ahora tiene su hermana, y quizá tenga usted también el mismo aspecto, y las mismas ideas que ella. De suerte que será ella y usted juntamente, será usted las dos fundidas en una sola persona.

HILDA. - ¿Y eso le agradará a usted?

LYNGSTRAND. -No lo sé todavía.¡Creo que sí! Pero ahora, durante este verano, prefiero que sea usted la que es, usted misma, y tal como es.

HILDA. - ¿Me quiere usted mejor así?

LYNGSTRAND. -¡Sí!¡Me agrada usted infinitamente tal como es!

HILDA. -¡Ya!... Y dígame: a usted, que es artista, ¿le agrada que lleve siempre trajes claros, colores de verano?

LYNGSTRAND. -Sí, mucho.

HILDA. - ¿Le parece que me sientan colores claros?
LYNGSTRAND. -¡Sí! Muy bien, para mi gusto.
HILDA. -Usted, que es artista, ¿cómo cree que me sentará lo negro?
LYNGSTRAND. - ¿Lo negro?
HILDA. -Sí. ¿Estaría bien de negro?
LYNGSTRAND. -El negro no es un color de verano; pero creo que le sentará a usted divinamente, sobre todo con esa cara.
HILDA. (Pensativa). -Vestido negro muy cerrado, con plegados negros alrededor, guantes negros, y un largo velo negro cayendo por detrás.
LYNGSTRAND. -Si la viera a usted vestida de negro, señorita, querría ser pintor, y haría un retrato delicioso: una joven viuda de riguroso luto.
HILDA. -O una novia de luto.
LYNGSTRAND. -Llamémosla novia.¡Pero es imposible que piense usted en semejante traje!
HILDA. -No sé. Sin embargo, es una idea que me seduce y me atrae.
LYNGSTRAND. - ¿La atrae a usted?
HILDA. -Sí: es una idea que me enamora. (Señalando a la izquierda).¡Silencio!¡Mire usted!
LYNGSTRAND. (Mirando). -El vapor inglés está ya en el muelle.

ESCENA VI

Dichos, WANGEL y ELLIDA

WANGEL. -Mujer, te aseguro que te equivocas. (Reparando en los otros).¡Ah! ¿Vosotros aquí? ¿Verdad, señor Lyngstrand, que aun no está a la vista el vapor?
LYNGSTRAND. - ¿El inglés?
WANGEL. -Sí.
LYNGSTRAND. (Señalando con el dedo). -Ahí lo tiene usted, señor doctor.
ELLIDA. -¡Ah! Yo bien decía.

Librodot

WANGEL. -¡Vino ya!
LYNGSTRAND. –Vino ¡sí! como un ladrón durante la noche -bien puede decirse- : Sigilosa, misteriosamente, sin ningún ruido.
WANGEL. -Tiene usted que acompañar a Hilda hasta el muelle; pero ha de ser pronto, porque ella seguramente querrá oír la música.
LYNGSTRAND. - Sí, señor doctor. Allá íbamos ahora.
WANGEL. -Dentro de poco quizá estaremos con ustedes.
HILDA. (Cuchicheando a Lyngstrand). – Esos dos forman también buena pareja. (Hilda y Lyngstrand vanse por el jardín, dirigiéndose a la izquierda. Desde este momento hasta el fin del acto se oye música a lo lejos, hacia el lago).

ESCENA VII

WANGEL, ELLIDA. Después EL EXTRAÑO.

ELLIDA. -Llegó. Está aquí. Me lo dice el corazón.
WANGEL. -¡Ellida! Es preferible que me dejes hablar a solas con él.
ELLIDA. -Imposible. Te digo que es imposible.
(Profiere un grito ronco).¡Ah! ¿Lo ves, Wangel? (El Extraño sale por la izquierda y detiénese en el sendero, fuera del seto del jardín).
EL EXTRAÑO. (Saludando). -¡Buenas noches! Aquí estoy otra vez, Ellida.
ELLIDA. -¡Oh! Acaba de dar la hora.
EL EXTRAÑO. - ¿Estás dispuesta a partir, sí o no?
WANGEL. -Usted ve que no lo está.
EL EXTRAÑO. -No me refiero al traje de viaje ni al equipaje, porque yo tengo a bordo todo cuanto se necesita. He tomado un camarote para ella. (A Ellida). Te pregunto, pues, si estás dispuesta a seguirme, a seguirme voluntariamente.
ELLIDA. (En tono de súplica). -¡Oh!¡No me lo pregunte usted!¡Aparte de mí esa tentación!

(Se oye a lo lejos la campana de un barco).

EL EXTRAÑO. -Es el primer toque. Tienes que decidirte ahora.

ELLIDA. (Retorciéndose las manos). -¡La decisión!¡La decisión irrevocable, para siempre!

EL EXTRAÑO. -Sí; para siempre. Dentro de media hora será demasiado tarde.

ELLIDA. (Mirándole tímida y atentamente). - ¿Por qué tiene usted tanto empeño en poseerme?

EL EXTRAÑO. - ¿No sientes tú, como yo, que nos pertenecemos uno al otro?

ELLIDA. - ¿A causa de las promesas?

EL EXTRAÑO. -Las promesas no encadenan a nadie, ni al hombre ni a la mujer. Si pienso en ti con tanta constancia, es porque me es imposible pensar en nadie más.

ELLIDA. (Con voz dulce y trémula). - ¿Por qué no vino usted antes?

WANGEL. -¡Ellida!

ELLIDA, (Con vehemencia). -¡Ah!¡El mar!¡Cómo hechiza!¡Cómo atrae!¡Cómo arrastra a lo desconocido!¡Oh, el mar todo lo puede! (El Extraño salta el seto del jardín. Ellida retrocede y se coloca detrás de Wangel.). Pero, ¿qué? ¿Qué quiere usted?

EL EXTRAÑO. -Ellida, lo veo, lo oigo como si tú misma me lo dijeses, y, sin embargo, acabarás por elegirme a mí.

WANGEL. (Dirigiéndose a él). -Mi esposa no tiene que hacer elección alguna, porque yo no sólo soy el hombre a quien ha elegido, sino también su defensor.¡Sí, su defensor! Si no se marcha usted en seguida, y para siempre, ¿sabe usted a lo que se expone?

ELLIDA. -¡Wangel, Wangel! ¿Qué vas a hacer?

EL EXTRAÑO. -Veamos. ¿Qué hará usted?

WANGEL. -Haré que lo detengan como un criminal; pero inmediatamente, antes de que pueda usted volver a bordo. Sé quién cometió el asesinato de Skjoldviken.

ELLIDA. -¡Oh, Wangel! ¿Cómo puedes...?

EL EXTRAÑO. -Lo esperaba, y por eso vengo prevenido. (Sacando un revólver).

ELLIDA. (Poniéndose delante de Wangel). -¡No, no, no lo mate usted!¡Máteme antes a mí!

EL EXTRAÑO. -Ni a ti ni a él. No tengas cuidado. Esto no servirá más que para mí, para vivir y morir como hombre libre.

ELLIDA. (Con más exaltación cada vez). -Wangel, déjame hablarte, déjame hablarte delante de él. Tú quieres y puedes retenerme aquí, puesto que dispones de fuerza y de

medios; pero mi alma, mis pensamientos, mis inclinaciones y mis deseos no lograrás encadenarlos. Mi alma buscará y perseguirá el misterio, el mundo desconocido, para el que nací, y cuyo acceso me has impedido tú.

WANGEL. (Con resignación dolorosa). -¡Lo veo, Ellida! Cada vez te alejas más de mí. El deseo de lo infinito, del ideal irrealizable, concluirá por sumergir tu alma en las profundidades sombrías de la noche.

ELLIDA. -Dices bien: siento cernerse sobre mí grandes alas negras y silenciosas.

WANGEL. -Basta, Ellida; no hay más que una salvación para ti, y te dejo en libertad de seguir el camino que quieras. Eres libre, completamente libre.

ELLIDA. (Mirándole un momento con profunda satisfacción). - ¿De veras? ¿Es sincero lo que dices? ¿Consientes?

WANGEL. -Con todo mi pobre corazón desgarrado, consiento.

ELLIDA. - ¿Tienes fuerzas para consentir?

WANGEL. -Sí, por amor a ti.

ELLIDA. (Trémula y a media voz). - ¿Tanto lugar ocupaba entonces en tu corazón?

WANGEL. - ¿No hemos vivido juntos durante años?

ELLIDA. (Juntando las manos). -¡Y yo que nunca he comprendido a ese hombre!

WANGEL. -Tus pensamientos estaban en otra parte; pero ya estás completamente desligada de mí y de los míos, y puedes, por consiguiente, buscar y seguir el verdadero camino de tu vida. Ellida, eres libre y responsable de tu elección.

ELLIDA. (Agarrándose la cabeza y mirando fijamente a Wangel). -¡Libre!¡Responsable!¡Qué cambio! (Vuelve a oírse la campana del barco).

EL EXTRAÑO. -¡Oyes, Ellida! Es el último toque¡Ven!

ELLIDA. (Se vuelve hacía él, le mira atentamente y dice con voz firme). -Después de lo que acaba de pasar, no lo sigo.

EL EXTRAÑO. - ¿No quieres seguirme?

ELLIDA. (Acercándose a Wangel). -Jamás te abandonaré después de lo que me has dicho.

WANGEL. -¡Ellida!,¡Ellida!

EL EXTRAÑO. - ¿Entonces todo ha terminado?

ELLIDA. -Sí, para siempre.

EL EXTRAÑO. -Hay algo más poderoso que mi voluntad.

ELLIDA. -Su voluntad de usted no ejerce ya ninguna influencia en mi. Usted es para mí un hombre muerto que salió del mar y vuelve al mar. Ya no le tengo miedo, ya no me atraerá usted.
EL EXTRAÑO. -¡Adiós, señora! (Salta el seto del jardín). En adelante, no será usted en mi vida más que el recuerdo de un naufragio. (Váse por la izquierda).

ESCENA VIII

WANGEL y ELLIDA

WANGEL. -Ellida, tu alma es como el mar. Tiene flujos y reflujos. ¿A qué se debe el cambio que se ha operado en ti?
ELLIDA. - ¿No comprendes que el cambio se ha realizado y debía realizarse forzosamente desde que me dejaste en libertad de obrar?
WANGEL. - ¿Y aquel ideal, aquel misterio desconocido que te atraía?
ELLIDA. -Ya no me atrae ni me espanta. He podido contemplarlo y penetrar en su seno, y por eso he renunciado a él.
WANGEL. -Empiezo a comprenderte poco a poco. Tus pensamientos y sentimientos son otros tantos enigmas y alegorías. Lo que te atraía hacia el mar, lo que te atraía hacia él, hacia ese extraño, era una necesidad de libertad que se despertaba y crecía en ti.
ELLIDA. –Lo ignoro; pero tú has sido un buen médico para mí. Encontraste y te atreviste a emplear el verdadero medio, el único que podía salvarme.
WANGEL. -Sí: nosotros, los médicos, en los gran-des peligros, arriesgamos el todo por el todo. ¿De modo que ahora serás mía, Ellida?
ELLIDA. -Sí, querido Wangel, mi fiel Wangel, ahora seré tuya. Ahora puedo, porque ahora vengo a ti libre, voluntariamente, como un ser responsable de sus actos.
WANGEL. (Mirándola con ternura).¡Ellida, Ellida, viviremos siendo el uno para el otro por completo, el uno para el otro!

ELLIDA. -Repartiéndonos nuestros recuerdos comunes, los tuyos como los míos.

WANGEL. -Sí.

ELLIDA. -¡Y el cariño a nuestras dos hijas!

WANGEL. -¡Las llamas «nuestras hijas»!

ELLIDA. -Sí: esas hijas cuyo corazón no es mío, pero que sabré conquistar.

WANGEL. -¡Nuestras hijas! (Besa con júbilo y apasionamiento las manos de Ellida). -¡Ah!¡Gracias, gracias infinitas por ésas palabras!

ESCENA FINAL

Dichos, HILDA, BALLESTED, LYNGSTRAND, ARNHOLM y BOLETA por la izquierda. Al mismo tiempo aparecen los jóvenes de la ciudad en el sendero exterior.

HILDA. (Aparte a Lyngstrand). -¡Vean ustedes!- Papá y mamá parecen dos verdaderos novios!

BALLESTED. (Que la ha oído). -Estamos en verano, señorita.

ARNHOLM. (Mirando a Wangel y a Ellida).El vapor inglés se aleja.

BOLETA. (Acercándose al seto). -Desde aquí se ve mejor.

LYNGSTRAND. -Es el último viaje del año.

BALLESTED. -«Dentro de poco, todos los lagos estarán cerrados», como dice el poeta.¡Es triste cosa, señora! Y ahora vamos a perder a usted también por algún tiempo. He oído que se marcha usted mañana a Skjoldviken.

WANGEL. -No, ya no se marcha. Hemos variado de opinión esta noche.

ARNHOLM. - (Mirando sucesivamente a uno y otro). -¡Ah! ¿Sí?

BOLETA. (Acercándose). -Papá- ¿es cierto?

HILDA. (A Ellida). - ¿Te quedarás con nosotros?

ELLIDA. -Sí, querida Hilda, si tú me quieres contigo.

HILDA. (Luchando entre las lágrimas y la alegría). -¡Cómo!¡Si quiero!

ARNHOLM. (A Ellida). -¡Esta es una verdadera sorpresa!

ELLIDA. (Sonriéndose). - ¿No recuerda usted, amigo Arnholm, lo que decíamos ayer? Cuando uno se ha hecho terrestre, no encuentra el camino del mar, no vuelve a la vida marina.

BALLESTED. -Exactamente, lo mismo que mi sirena.

ELLIDA. -Sobre poco más o menos, sí.

BALLESTED. -Pero con la diferencia de que la sirena, muere, y nosotros, por lo contrario, nos aclami... aclimatamos. Si, sí, indudablemente, señora, nos aclimatamos.

ELLIDA. -Sí, señor, con tal que seamos libres.

WANGEL. -Y responsables, Ellida mía.

ELLIDA. (Con viveza, tomándole la mano). -Y responsables. Tienes razón. (El vapor desciende silenciosamente por el lago. El sonido de la música va acercándose a la costa).

TELÓN